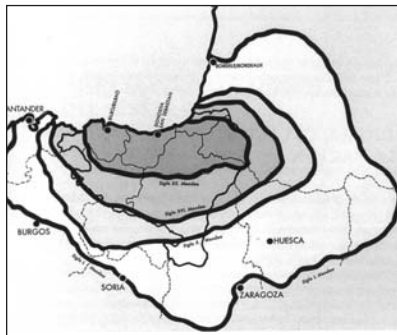


Euskal Herria en el horizonte



J.L. Alvarez Enparantza,
Txillardegi

Euskal Herria en el horizonte

Izenburua: Euskal Herria en el horizonte
Egilea: J.L. Alvarez Enparantza, Txillardegi

Azala: Esteban Montorio

Argitaratzea:
Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
78. Postakutxa
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfnoa. (948) 755260
Faxa (948) 755012
txalaparta@eusnet.org
www.txalaparta.com
Txalapataren lehenengo edizioa
Tafalla, 1997ko abendua
Copyright
© Txalaparta

Fotokonposaketa
Megagrafic

Inprimaketa
RGM

I.S.B.N.
84-8136-086-4
Lege gordailua
BI-2275-1997

 **Txalaparta**

Prólogo

En 1936, los de mi generación tenían 7, 10, 15 años.

Por decirlo de alguna forma, nacimos, y sobre todo nacimos al mundo vasco, por tanto, en plena situación de guerra y opresión.

Porque para cuando pudimos darnos cuenta de algo, encontramos, (arriba y abajo) por nuestras calles, a los milicianos, a los moros de sombrero rojo y a los nazis de botas marciales.

Pasaron los años y cuando Franco murió en 1975, teníamos 45, 50, 60... Para entonces se nos había ido la vida entera.

Los de mi generación hemos nacido y crecido en ese entorno histórico.

Y eso, indudablemente, nos ha marcado y nos ha condicionado para siempre. Incluso en las actitudes y opciones actuales.

En una palabra, a través de este libro intentaré explicar cómo surgieron y se fortalecieron en mí y en nosotros el amor por el euskara, el patriotismo, el separatismo político y la voluntad de separarnos de España y de Francia, insertando y explicando las ideas y los proyectos en algunas importantes vivencias personales.

Habiendo nacido en San Sebastián (o en el Antiguo más exactamente), yo me percaté de nuestro problema nacional

en aquella San Sebastián, posterior a la guerra, floja y propensa al castellano. ¿Por qué rutas? ¿Influenciado por qué?

Aunque no me diera cuenta bien del todo de los vaivenes principales de aquel Antiguo de mi niñez, he guardado perfectamente hasta hoy el recuerdo de unos cuantos pequeños acontecimientos de color vasco. Esto me resulta curioso.

Por ejemplo, me acuerdo muy bien de una exhibición de bailes vascos que presencié delante de la iglesia del barrio, a pesar de que aquel simple espectáculo se produjera, creo yo, en 1934-1935 (por lo tanto, cuando sólo tenía cinco o seis años).

Entre otros, bailaron mis primos por parte de la madre, vestidos a la usanza vasca y llevando una ikurriña en las manos. Mi tío Miguel Enparantza era abertzale y gran admirador y colaborador de Telesforo Monzón, según supe mucho más tarde.

Aquel baile infantil, anterior a la guerra, puede ser, quizás, mi primer contacto con el mundo vasco.

He de confesarlo sin reservas: yo era extraño a aquel mundo. Para empezar, porque yo no sabía euskara y porque en nuestra casa los temas “vascos” ni se mencionaban.

Más o menos al mismo tiempo que aquel baile delante de la iglesia, o quizás un poco más tarde, comencé a acudir, a mis seis años, al colegio de Lourdes y mis maestras fueron las hermanas Mintegi. Aquella escuela, para decirlo de paso, estaba en la plaza de Alfonso XIII, justo al lado de donde ha estado el mercado del barrio hasta hoy.

Allí, y esto también lo recuerdo muy bien, utilizábamos un libro grueso para estudiar. Como se podía ver al mirarlo de lado, estaba compuesto de hojas de distintos colores. Al final, formando el último bloque de páginas, tenía un pequeño capítulo: era sobre el euskara. Creo que eran unas cuantas filas de palabras; quizás alguna frase en euskara. No lo sé. He perdido hace tiempo el rastro de aquel libro. Pero estoy seguro de una cosa: que en aquel libro se daba noticia del euskara.

Como es evidente, aquella parte del libro me causó gran emoción. Aunque fuera completamente erdaldun, algo así como si me sugiriera que yo era euskaldun. O, más exactamente, que podía ser euskaldun. Porque yo ni despreciaba ni odiaba, en absoluto, aquel mundo que para mí era oscuro

y misterioso. Al contrario, aunque no sepa la razón o el porqué de ello.

Desde que tenía cinco, seis o siete años, en una palabra, desde el principio, mi actitud fue especial: no conocía nada del mundo euskaldun, pero lo tenía como propio y quería hacerlo mío. En aquella San Sebastián castellanizada y monárquica (como lo he confesado en el libro *Antigua 1900*), desde mi niñez sentí el deseo de recuperar y convertir el euskara en mi forma de expresión.

Cuando estaba a punto de cumplir los siete años tuve mi primera experiencia de los bombardeos.

Decían que la casona que estaba justo al lado de nuestra casa, la Casa de las Conchas (entonces Amilibia 1-3), que había sido construida cinco o seis años antes por el bilbaíno Llaguno, era más segura que la nuestra por haber sido construida en cemento armado, y que las de la avenida de Sartrategi eran del mismo tipo.

Precisamente allí estuvo colgando durante largos años escrito en una lámina sobre el portal de Amilibia 3, un letrero blanco y negro que decía "Refugio"; leído y releído todos los días camino de casa.

Es decir, cuando el peligro se acercaba y se escuchaban las sirenas (como por ejemplo cuando nos visitó el crucero *Cervera*), entrábamos por la calle Matía, atravesábamos el patio cuadrado por encima de tres o cuatro tablones largos y buscábamos protección en aquellas casas nuevas de cemento.

En otras ocasiones, y aunque actualmente a alguno le resulte gracioso, íbamos a una casa en frente de la iglesia (más concretamente a la de Elorza), poníamos colchones en las ventanas que daban a la plaza... y a dormir tranquilamente. Extendíamos unas mantas en el suelo desnudo y toda la familia muy juntos los unos a los otros... ¡qué felicidad! Porque a los niños nos fascinaba aquel ambiente desordenado.

Al día siguiente, acaso, al mirar por las ventanas de la avenida de Amilibia, la vista era la siguiente: camiones que llevaban escritas en grandes letras FAI y UHP pasaban a gran velocidad, por delante de nuestra casa, hacia Bilbao.

"Ha empezado la guerra" se oía por todas partes.

El 18 de julio aparecían los "milicianos", fusil en mano, en la terraza del chalet de enfrente.

A las pocas semanas, como puedo comprender ahora, un tío nos vino a buscar muy nervioso: “Rápido. Vámonos inmediatamente. He conseguido un coche”. Y a toda prisa y a empujones, comenzaron él y mi madre a cargar precipitadamente en el coche colchones, sábanas y ropa.

Mientras tanto, nuestro padre se retrasaba. Por fin, cuando el anochecer se nos echaba encima, apareció tranquilamente por la parte de Ondarreta, y nos informó de la decisión que quizás cambió mi vida: “Nosotros no nos movemos”. Éstas fueron exactamente sus palabras.

–Pero las tropas de Franco entrarán hoy –dijo alguien.

–Nosotros no nos moveremos.

Vaciamos el coche y mi tío se fue. (Según comprobamos después, para unos doce años).

Así comenzaron para mí, y no de otra manera, esos famosos “40 años de paz”.

El mundo vasco –las canciones vascas, los mismos mapas de Euskal Herria (excepto aquél del bar Oliden, en el Boulevard), Zabalo, los carteles de Txiki, los lauburus, los pantalones de mendigoizale, y ni qué decir tiene las ikurriñas– desapareció por completo de entre nosotros.

Unos años más tarde, y habiéndose ido nuestros padres a San Sebastián, estábamos mi hermano y yo curioseando entre los cajones de nuestra madre y..., mira por dónde, nos encontramos con un grueso y elegante libro: “¡Mira, mira! ¡Fíjate qué libro tan precioso! ¡Vaya tapas! ¡Qué láminas!”. En aquella portada de cuero se podía leer *El Libro de la Patria*. Apareció debajo de todas las ropas. A la hora de la cena la gran bronca: “¿Quién os ha dado permiso para revolver esos cajones?”. No sabíamos ni que existía ese libro. Y desapareció otra vez durante las siguientes semanas y años.

Aquel tema estaba prohibido. Incluso dentro de casa. Ya sabéis, “democracia orgánica”.

Dentro de la escuela existía el mismo ambiente de prohibición. La única lengua, el castellano. Por supuesto. En nuestros libros escolares ningún rastro vasco. La Historia se acababa en 1936: “El Caudillo Invencible, para poner orden en aquel caos creado por la masonería y el comunismo”, etcétera.

En lugar de aprender *Ikusten duzu goizean*, o algo parecido, nos enseñaron “A la mar fui por naranjas, cosa que la mar no

tiene"... Y para salir al recreo, nada más oír "rompan filas", teníamos que responder "Fran-co", levantando el brazo hasta arriba con la primera sílaba y bajándolo con la segunda.

En aquel momento no nos dábamos cuenta muy bien de la situación. Y no la comprendimos hasta mucho más tarde. Aquella limitación y alienación biográfica nuestra no era sino la imagen fiel de la situación general de nuestro pueblo.

Sólo como resultado de un lento y laborioso proceso comprendimos, poco a poco, que Euskal Herria nos estaba totalmente prohibida. Y no sólo a los nacidos alrededor de 1930; y tampoco por primera vez en la Historia. Ciertamente no. La prohibición de Euskal Herria provenía de mucho antes y la españolidad se nos imponía desde muy antiguo con una profundidad que no podíamos sospechar.

Junto con aquella notoria sensación de prohibición, y también desde muy pequeño, interioricé el doloroso y profundo presentimiento de ser hijo de un pueblo en declive.

Además de tener prohibido para nosotros nuestro propio país, desde el principio nos dimos cuenta de que iba dirigido hacia su desaparición. Porque no era, ciertamente, difícil de verlo.

Parecía, por un lado, que nuestra nación estaba prohibida y, por el otro, que estaba en declive y que iba a desaparecer.

Esto es, parecía lo siguiente: que Euskal Herria siempre ha ido hacia atrás, siempre hacia abajo, que siempre ha resultado perdedora. Incluso en la familia.

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de la situación.

Mirando alrededor, como acabo de decir, encontrábamos las mismas actitudes. Mis padres, por ejemplo, sabían euskara aunque nunca lo hablaban. (A mi madre le oía un par de palabras de vez en cuando y con un único objetivo; dejar a un lado algo que no se debía decir: "*Federico, umiak aurrian!*") (Federico, los niños están delante). Y se cambiaba de conversación. He ahí la limitación funcional de nuestra lengua. Por las mañanas se utilizaba con el lechero: todos los días, esto sí. Y punto. Ningún rastro más en las conversaciones de casa.

Del mismo modo, tres de mis cuatro abuelos sabían euskara, aunque nunca lo utilizaran dentro de casa. “Parece que me he casado con una mujer de Salamanca” dicen que le decía mi abuelo de Oñati a mi abuela de Andoain. De todas formas, el único que no sabía euskara era el tolosarra Federico Álvarez González.

¿Y qué veíamos en nuestra generación? Estas reflexiones, en mi opinión, pueden ser interesantes ya que en la época de la guerra y en los años posteriores (es decir, antes de que llegaran las grandes oleadas de inmigrantes), eran miles las familias de este estilo.

En Nafarroa y en Araba habían conocido una situación similar en los siglos precedentes. Desde pequeños la sustitución lingüística se nos hacía evidente, nos importara o no lo que ocurría. Éramos el último eslabón de una larga cadena que había llegado hasta nosotros a través de los siglos. La ruptura se estaba produciendo en nosotros. Estaba muy claro.

Son muchos los vascos de mi generación los que llevan (y hoy lo siguen padeciendo), dolorosamente clavada, muy dentro de sí esa espina; incluso muchos que no lo quieren confesar claramente. (No siempre, evidentemente: a algunos esto no les importa nada, de la misma manera que otros hechos).

Entre mis contemporáneos, en una palabra, se podían encontrar a cientos los compatriotas que se tenían por compañeros de *el último mohicano*. A muchos nos parecía evidente que estábamos asistiendo al final histórico de un pueblo.

Por supuesto, esa visión oscura era más notoria en el ambiente franquista de 1940 que en la actualidad. El imperialismo español antivasco se nos mostraba sin vergüenza y sin disfraz pseudodemocrático.

Posteriormente, nuestro secular enemigo se ha introducido entre nosotros vestido con piel de oveja e incluso provisto de la ikurriña. Y hoy se comprenden con más dificultad que entonces tanto la situación como las opciones políticas a realizar.

En las líneas y páginas siguientes intentaré explicar cómo vimos la necesidad de detenernos en esa resbaladiza pendiente descendente y cómo cristalizó la sincera decisión de hacerle frente. Porque nuestra generación ha padecido seria-

mente, de la misma manera que otras muchas, ese sufrimiento e impotencia.

Estas líneas quieren ser testimonio de una generación abertzale.

Conocidos estos hechos, corresponde al lector hacer una reflexión sincera y valiente y tomar con honradez el camino que crea correcto.

Y ese testimonio tiene, por encima de todo, este valor: que habla un testigo de esa generación y, estoy seguro de ello, muchos de mis contemporáneos dirían las mismas cosas... si tomaran la pluma.

En la seguridad de que otros muchos no lo harán, que al menos lo haga yo, explicando las preocupaciones y afanes de muchos de mi edad.

En Euskal Herria, en otoño de 1994

I

Retrocediendo

Hace unos diez años, cuando estábamos realizando la acostumbrada excursión del Departamento de Lingüística de la UEU (*Udako Euskal Unibertsitatea*-Universidad Vasca de Verano) por Nafarroa, nos sucedió algo simple pero muy significativo.

Estábamos recogiendo con nuestras grabadoras el euskara vivo de Ergoiena de parte de los hablantes del lugar (especialmente en Lizarraga). Y en una de éstas hicimos la siguiente pregunta a nuestros informantes: “Al otro lado de la sierra de Andia, por poner un ejemplo en Zudaire o en Abartzuza, ¿no hablan euskara?”.

Y la respuesta no se hizo esperar: “Al otro lado del monte no se habla euskara desde muy antiguo”. Otros iban más lejos y nos aseguraban que “nunca se ha utilizado”.

Tomando la *Gramática Bascongada* de Arturo Campión (Tolosa, 1884) y cuando se refiere al dialecto alto-navarro meridional (p. 39) leemos esto: “La región en que se habla (el A. Nav. Mer.) por una minoría, más o menos pequeña, o insignificante, de habitantes originarios, está constituida por las siguientes localidades: Iturgoyen, Arzoz, Estenoz... Puente la Reina, Obanos... Uterga, Legarda... Ibiricu...”.

Como el lector sabrá, este Ibiriku está precisamente al lado de Abartzuza, en frente de Lizarraga pero al otro lado de la sierra. Y Estenoz, Obanos, etc., están más al sur.

Se pueden hacer comentarios semejantes en muchas zonas limítrofes.

Y con referencia a ello, la sospecha del viejo *shrinkage* de nuestro país, es decir, la corazonada de que Euskal Herria se está empequeñeciendo desde hace mucho tiempo, es sentida fácil y frecuentemente por muchos euskaldunes aun no siendo grandes lingüistas.

Y si por cualquier motivo tienen que moverse por los Pirineos (y si ponen un poco de atención), inmediatamente se refuerza en ellos esa intuición que en un principio se podía dar por falsa. "Nuestros antepasados han estado aquí", pensarán una y otra vez. No se sienten extraños en aquellos parajes.

Y así, queriendo comprender qué le ha sucedido a nuestro pueblo a través de los siglos, surge irremediablemente en todo euskaldun la necesidad de investigar la vieja toponimia, sobre todo si se quieren entender los fenómenos generales antiguos. Y más al salir fuera del territorio de la Euskal Herria administrativa denominada Zazpiak Bat.

Porque el análisis de la toponimia es el principal instrumento (aunque no siempre es el único) para demostrar la continua reducción territorial de Euskal Herria.

Por eso, en este capítulo ese análisis será fuente de luz adecuada.

Sin introducirnos en investigaciones demasiado profundas, porque no es éste mi campo específico de conocimiento, ni tampoco el fin último de este libro. Precisamente, el lector que quiera adentrarse en este difícil campo de conocimiento, es mejor que acuda, entre otros, a los trabajos de investigación de Jimeno Jurío y de Zierbide. O, muy especialmente, a la extraordinaria serie de Alfontso Irigoien (recientemente fallecido) *De re philológica*.

Pero volvamos a lo nuestro, reteniendo siempre en la mente el caso de Ergoiena.

A excepción de la toponimia del lugar, y si no conociéramos las de Gipuzkoa y Bizkaia (actualmente euskaldunes), tendríamos todo el derecho a preguntarnos si en estas regiones se hablaba euskara en la antigüedad...

Precisamente eso mismo han defendido con tesón algunos que no nos tienen mucho aprecio. Sánchez Albornoz, por poner un ejemplo.

A pesar de ello, conociendo la manera de pensar que se impone entre nosotros, actualmente se nos haría raro que alguien proclamara en serio que hace 10 siglos no se hablaba euskara, por ejemplo, en Errezil o en Segura.

En cambio, de hacer la misma afirmación refiriéndose a La Rioja, estaríamos más dispuestos a creerla. Si, quizás, alguna vez hace muchísimo tiempo se habló euskara –escucháremos– desapareció completamente. Al comienzo de la Edad Media y, posteriormente, después de un intervalo de discontinuidad, debido a la repoblación, dicen que se reeuskaldunizó.

Luego volveremos sobre este punto.

Por un lado, por tanto, en el mismo territorio de Euskal Herria, ¿ha habido cortes en la cadena lingüística que teníamos por larga e ininterrumpida?

Y, por otro lado, podemos decir sin duda, que zonas euskaldunes enteras se quedaron fuera de la Vasconia oficial (pues en ella se da por paradigmática su euskaldunidad). Es suficiente tener en cuenta, por ejemplo, a Bizkaia la cual estuvo fuera de Nafarroa durante mucho tiempo.

Y aquí tenemos, al parecer para dificultar aún más la resolución de nuestro problema, tímido de sí mismo, a este pueblo que nunca ha escrito en su lengua nacional.

Démos la palabra a José María Lacarra, famoso historiador navarro: “Al historiar la Edad Media del País Vasco nos asalta constantemente la preocupación de estar reconstruyendo el pasado de un pueblo que se expresa por escrito en un idioma que no es el que habla, y que el suyo se le escapa a través de los documentos” (Lacarra, J.M., *Vasconia Medieval*, p. 9 y ss., 1957).

Pero, cuidado. El pueblo llano sí que utilizaba el euskara (¡no sabía otro idioma!). Pero en las cancillerías, en los papeles de la Iglesia y en todas las oficinas oficiales, el euskera estuvo proscrito durante siglos, tan despiadadamente como en la época franquista.

He aquí, en la misma línea, las terribles palabras escritas sobre este tema por el investigador navarro J.M. Jimeno Jurío: “La fidelidad con que los nativos vascongados han venido transmitiéndose, durante generaciones y siglos, antiguos topónimos euskéricos, raras veces e incluso JAMÁS plasmados

en la documentación oficial, pero conocidos a través de la toponimia menor (mugas y caminos)". ¿Cómo puede lograrse una prohibición tan estricta?

Y sigue así: "No cabe la menor duda de que los navarros vascongados siguieron, y continúan llamando 'Iruña, Iruñe, Iruñea' a la ciudad de Pamplona; 'Iruñerria' a su Cuenca o 'Terra'; 'Orreaga' al antiguo hospital y convento de Roncesvalles; 'Auritz', al Burgo de Roncesvalles o Burguete; 'Auritz-berri', 'Auzperri', al Espinal fundado en el siglo XIII; 'Elo', a Monreal; 'Getze', a las Salinas de Galar e Ibargoiti; 'Iantiz', a Salinas de Oro; 'Oibar' a la villa de Aibar; 'Zare', a Sada; 'Muru arte ederreta', al actual Muruarte de Reta; 'Tutera' a Tudela..." (Ver Jimeno Jurío, J.M., FLV 51, 1988, p. 64).

En el mismo artículo nos da esta interesante aclaración sobre el topónimo "Yerri": "Tierra Estella' sustituyó al topónimo comarcal anterior, 'Deio-erri', 'Deierri', produciendo incluso el desplazamiento de éste desde su punto de origen, el castillo de Deio o Monjardín, hacia el norte de la ciudad, llamándose actualmente 'Valle de Yerri' por corrupción" (*ibídem*, p. 68).

No es necesario decirlo: los catalanes denunciarían "auto-odi" en esas actitudes (hasta hoy mismo mayoritarias entre nosotros).

El euskara ha estado postergado totalmente (y todavía lo está en muchos ámbitos). Tomando aquí la famosa clasificación de Ferguson, el euskara, incluso cuando se ha utilizado, no ha sido sino un simple idioma B de segundo nivel.

Dicho en pocas palabras: ese idioma utilizado todos los días en la familia, entre los amigos y en el trabajo, casi no ha dejado rastro oficial.

Esa curiosa situación sociolingüística, en castellano se denomina lengua latente. El idioma está ahí, eso sí. Pero no ofrece prueba de ello mediante documentación. Es un idioma escondido, oculto, prohibido, con tabú.

Nos ocurre eso, por ejemplo, en Aragón y en la Rioja Alta; también en otras zonas fuera del Zazpiak Bat. La lengua estaba ahí. Sí. Pero convertida en motivo de vergüenza durante mil, dos mil años. ¿Por qué?

"La cuestión se convierte en un problema de manejo social de la escritura, y, consecuentemente, de determinadas

lenguas frente a otras que no se escriben nunca, en virtud del prestigio social de cada una de ellas” (Gorrotxategi, *Estudio*, p. 98).

Como consecuencia de esa absoluta prohibición social, muchas veces, y hasta muy tarde, la toponimia será la única vía de investigación para demostrar el conocimiento y la utilización del euskara.

Sobre esto, es muy significativa esta actitud: el que los vascos no utilicen, según parece, antroponimia vasca. Lo que muestra claramente que nuestros antepasados no tenían “derecho a nombrar”, lo que Calvet ha bautizado como *le droit de nommer*. Hasta nosotros han llegado antiguos nombres de lugares, sí, aunque haya sido junto a su traducción. En cambio, nombres de personas, en general, no. Porque los apellidos, como es sabido, eran toponímicos.

Al nombrar a las personas, nuestro pueblo se nos muestra absolutamente tímido y desconfiado a través de los siglos. Y esa timidez de los euskaldunes ha durado hasta hoy mismo.

Aunque no se haya querido confesar claramente, los euskaldunes hemos preferido los nombres de fuera; y eso desde hace mucho tiempo, sobre todo en las clases superiores. (Ver, a modo de ejemplo, la curiosa lista de nombres que tenían hace cien años los señoritos y notables del Antiguo. Txillardegui, *Antigua* 1900).

Esta tendencia no se le ha escapado a Gorrotxategi. En su tesis ha escrito lo siguiente: “La lengua vasca se hablaba, pero por diversas razones que hay que explicar, ni se escribió nunca, ni siquiera proporcionó nombres a sus hablantes” (ver *Estudio sobre la Onomástica Indígena de Aquitania*, UPV 1984; p. 96).

“La lengua vasca era de uso, ya en la antigüedad, en la misma zona en la que lo sería en épocas posteriores”, eso sí.

“Ahora bien, habla Gorrotxategi, como muy certeramente ha expuesto Michelena, en esa misma zona no se ha escrito en vascuence hasta épocas muy recientes... a pesar de que la evidencia del vigor del vascuence es impresionante en virtud de topónimos y antropónimos que aparecen abundantemente en textos latinos y romances, desde el siglo X en adelante” (*ibídem*, p. 97).

El historiador Rikardo Zierbide ha hecho la misma anotación: “El vasco era la lengua de la intimidad familiar y de las relaciones privadas, y no intentó competir, sino en muy escasa medida, con el latín, y luego con el romance, en la vida pública. Cuando se llegaba a dar constancia por escrito de los actos públicos de cualquier orden, era dejado de lado” (FLV, 35-36, p. 397).

Y lanzaba la misma pregunta de siempre al aire: “¿Cómo no se ha escrito esa lengua, el euskera, la lengua de todo un pueblo?” (*ibídem*, p. 397).

¿Quién se puede extrañar del retraimiento que nuestro pueblo llano muestra hacia el euskara? ¿Y quién, también, del desprecio y odio hacia la clase dominante que ha sufrido este pueblo?

Hasta no percatarnos claramente de estos dramáticos fenómenos, difícilmente se podrá entender la violencia política vasca. Pues difícilmente se puede encontrar otro pueblo que haya sido traicionado tan descaradamente.

Además de esa utilización claramente hiperdiglósica del euskara, de todas formas, lo hemos encontrado desde siempre retrocediendo en todos sus límites geográficos. Y el trabajo de las siguientes páginas será iluminar esa interminable recesión.

Démos la palabra nuevamente a algunos de los que han investigado con fundamento el pasado de Euskal Herria.

Y he aquí, para empezar, estas líneas insuperablemente significativas de Mitxelena: “Desde los comienzos de la Historia, el elemento éuskaro es claramente recesivo” (*Lengua e Historia*, Madrid, 1985, p. 206).

El euskara retrocediendo desde siempre. Basta de blandenguerías. Se trata de la exacta descripción de lo sucedido.

Pero, sobre la correcta lectura de eso, aclararemos que es la propia Euskal Herria la que retrocede desde siempre.

Porque, despidiendo estériles debates ya superados, ¿qué es Euskal Herria, sino el Pueblo del Euskara, y el pueblo de los vascos que se expresan en euskara?

Pero todo nos da a entender que en la época romana el pueblo que se expresaba en euskara tuvo que hacer frente a una situación muy grave.

Y en los siglos posteriores (aproximadamente mil años después de la época romana), como consecuencia de la llegada de los sarracenos, el pueblo vasco se encontró por segunda vez en peligro de desaparición. (La tercera ocasión, por supuesto, la tenemos delante de nuestros ojos).

Como hasta la Baja Edad Media es escasa la documentación segura, Mitxelena no quiso decir mucho sobre la primera crisis.

Pero sobre la segunda dio claramente su opinión: “Hay constancia histórica de que ese ámbito (de la lengua vasca) ha venido reduciéndose, con mayor o menor rapidez, digamos desde el siglo IX o X hasta nuestros días” (*Lengua e Historia*, p. 448).

Debilitado, y aunque fuera reducido en su extensión, salió vivo de la situación.

Y nosotros hemos tenido ocasión de recibirlo vivo.

¿Qué fue lo que perdimos en ese intervalo?

Norte

Los vascos de Hegoalde, frecuentemente, conocemos mucho menos los acontecimientos de allende los Pirineos que los de la parte meridional. En esto mandan la Geografía y la Historia.

Sobre todo los que habitan más al sur que la comarca de San Sebastián, muchas veces (demasiadas, corregiría yo) ni siquiera conocen Lapurdi, Baxenabarre y Zuberoa, Baigorri, el castillo de Bidaxune, Donibane Garazi, Abadía de Hendaia, Kanbo, el río Errobi... ni podrían decir qué son. Les es más fácil de contestar lo que son Marbella, el queso fresco de Burgos, Rocío Dúrcal, la Alhambra de Granada o el río Tajo.

A muchos vascos del sur, lo acaecido en Iparralde, más que extraño les es desconocido. Esas regiones "francesas", por influencia escolar, y en no pocas ocasiones por nuestra culpa, de la misma forma que Voivodina o Cymru no son nuestras, Iparralde... también les resulta lejana.

¿Qué decir entonces de la vieja y extensa Vasconia Aquitánica del norte? No sabemos absolutamente nada. Y esto no hace falta subrayarlo; está a la vista diariamente.

¿Dónde están Saint Sever, Auch, Lescar, Nérac, Arcachon? Con eso de las playas ya tendremos noticia de Arcachon, o de Vieux Boucau (Bokale Zaharra) ahora, según parece, de moda entre los de Hegoalde. Pero, ¿quién sabe que la

cercana ciudad de Dax (a escasos 60 Km. de Baiona) es Akize en euskara (en latín Villa Aquis), o que Bordeaux es Bordele?

En Hegoalde muy pocos.

En la misma línea pero con respuestas más difíciles para los meridionales, ¿quién sabe que Auch, en Gasconia, escrita antiguamente Ausci (y pronunciada Auzki, por tanto emparentada notoriamente con la Ahüzki de Zuberoa) se llamaba Auzki?, ¿quién sabe que por la conocida estación de esquí de Barèges pasa el río Baztan?

Muy al norte, y al lado de Arcachon, encontramos a Biscarrosse, actualmente testigo curioso de sabor euskaldun. Y relacionado estrechamente con el Biscarrués diptongado del Alto Aragón (ténganse en cuenta nuestros Bizkargi, Bizkarrondo, Bizkarrara y otros). Y deja muy claro que el euskara (y por consiguiente Euskal Herria) ha retrocedido mucho en esa zona septentrional.

Según dice la tradición, por otro lado, el límite de la lengua está fijo desde hace mucho tiempo: inamovible en toda la muga norte (tanto en el denominado Zazpiak Bat como fuera de él). Pero, ¿es cierto eso?

Había gente culta que no creía en absoluto en esa estabilidad fronteriza mucho antes de que F. Krutwig publicara su famoso libro *Vasconia* en 1963.

Para empezar, cuando el bajonavarro-suletino Arnalt Oihenart escribió su libro *Notitia Utriusque Vasconiae* (2ª ed., París, 1956), tomó como tema de análisis las dos Vasconias (la ibérica y la aquitana). No solamente la del sur, o una sola parte de ella.

Mucho más tarde, pero en la misma línea, Jean de Jaurgain investigó las dos Euskal Herrias en 1898. Y actualmente podemos leer una reedición del libro (*Vasconia, estudio histórico-crítico*, Auñamendi, libros 118 y 119, 1976).

Todo eso, sin embargo, está totalmente pasado y enterrado en la realidad socio-política actual.

El mismo Jaurgain, dicho sea de paso, era francés puro en lo político: "Un ancien combattant français à part entière". La antigua Vasconia estaba totalmente alejada y olvidada. ¿Qué decir, por tanto, de los simples habitantes nacidos y crecidos en esas lejanas regiones del norte? No hace falta explicarlo.

Tomar como base política actual la situación de hace veinte siglos se consideraría esquizofrénico. Y eso es lo que le ocurrió a Krutwig.

A pesar de ello, lo que sea aclarar el desde dónde y el cómo Euskal Herria ha llegado a ser lo que hoy es, puede ser importante, incluso desde el punto de vista del puro conocimiento. Aunque sólo sea para desenmascarar la mitología inventada sobre nuestra Historia por el enemigo, y porque puede ser luminosa fuente de comprensión al analizar algunos hechos actuales.

Aunque pueda ser amargo, a la verdad lo suyo.

En cuanto a mí, y por lo que me acuerdo hoy día, la primera sorpresa me la dio el Bearn euskaldun. Y en los años siguientes volví una y otra vez al mismo motivo de inquietud (ver *Euskal Herriatik erdal herrietara*, Amorebieta, 1978, especialmente los artículos de 1970, 1973 y 1974).

Algunos años antes fue el boletín de Euskaltzaindia, *Euskera* el que me abrió los ojos (ver *Euskera*, 1961, Bilbo, p. 242). Este número traía por medio de Justo Garate el facsímil del libro *Ioarnandes* (Leyden, 1597) de Buenaventura Smet, el flamenco *Vulcanus*.

En las páginas 89 y 90 del libro (*Euskera*, 241-242) se podían leer estas interesantes palabras: “Est autem Cantabrica Lingua, quae hodie Vizcayna siue Vasconica vocatur... nunc verò vulgò Bazque, siue Bazcuence apellatur”.

Y seguía así: “Cuius usus hodie est non in Vizcaya tantum, verumetiam in finitimis ei et circumiacentibus prouinciis, Alaba, Guipuzcoa, Nauarrae etiam regno, et Bearnensi ditione”. En una palabra, en el siglo XVI en el Bearn también se utilizaba (usus) el euskara.

El pequeño diccionario que trae ese mismo ejemplar de *Euskera*, tiene detalles interesantes. Vinum: *ardo* dakar (aunque más adelante vinum, *çahagui*); video: *bacust* (= *badakust*); bibo: *edatendot*; dormio: *lonaca* (= *lo natza*); canis: *ora* (= *hora*, *artzano*); villa: *uria*...

Quede ahí ese humilde testimonio del Bearn euskaldun.

Axular, en consonancia, tenía la atención puesta fuera del Zazpiak Bat cuando escribió las siguientes líneas: “Sé asimismo, que no puedo extenderme a todas las variedades del euskara hablado. Porque de muchas y diferentes maneras se

habla el euskara en Euskal Herria: en la Alta Navarra, en la Baja Navarra, en Zuberoa, en Lapurdi, en Bizkaia, en Gipuzkoa, en Araba y en otros muchos lugares" (*Gero*, Flors de., Barcelona 1964; p. 52. Provisto de traducción realizada por aita Villasante).

Pero claro, no hay forma de demostrar qué es lo que tenía Axular en mente.

El baigorriarra Haritxelhar, actual presidente de Euskaltzaindia, nos ofreció por su parte este pequeño detalle en su tesis doctoral sobre el Bearn euskaldun (ver *Euskera* XIV-XV; Bilbo 1969-1970, p. 503 y siguientes).

El ayuntamiento de Eskiula (Eskiula es administrativamente del Bearn) tomó esta decisión el 28 de abril de 1861:

"...Vu la population de la commune, qui est de 1.281 habitants, nombre auquel il faut joindre les hameaux de Oloron Ste. Marie, section St. Pée, ceux de Féas et de Ance" (es decir, la zona de arriba de St. Pée de Oloron, Inhazi y Arhantze; en 1350 Anssa), "...qui sont sous la juridiction de Mr. le desservant d'Esquiule, et qui élèvent le nombre de ses paroisiens á 1.502 âmes"...

"...Vu que 113 des hameaux de Géronce et d'Aramits" (en euskara Jeruntze y Aramitze) pero situados los dos en el Bearn, "ont toujours recours à M. le desservant d'Esquiule pour leurs besoins spirituels, pour la raison qu'ils en savent parler que la langue basque. Que le village au centre aggloméré d'Esquiule n'a que 127 habitants, et que les autres 1.488 habitants mentionnés sont disséminés sur une étendue superficielle de forme rectangulaire de 15 km. de long sur une largeur moyenne de 4 km... délibère à l'unanimité: il est absolument nécessaire qu'un vicariat soit établi à Esquiule".

En la misma línea nos llegó ahora hace cinco o seis años el clarificador testimonio del investigador de teatro Mikel Albisu: que en el siglo XIX se interpretó una pastoral en Aramitze. Como normalmente es un solo pueblo quien asume toda la preparación de la pastoral (los pueblos se van turnando), difícilmente pudo haber preparado Aramitze esa pastoral sin que hubiera actores y espectadores vascoparlantes.

El erudito vascólogo de Azkoitia, Pedro Irizar, por otra parte, tenía perfecto conocimiento de estas "anomalías". Y así, cuando presentó su plan sobre la dialectología vasca, pidió

que el pueblo del Bearn, Jeruntze, se incluyera en la encuesta (ver *Contribución*, I, p. 133; Géronce, zona de encuesta nº 104).

H. Gavel propuso por su parte y a modo de duda el mismo camino: "...Sí sería útil hacer investigación en una barriada del pueblo de Aramits, llamada 'Le Basque'; en ella se habla efectivamente vascuence mientras el conjunto del pueblo de Aramits es de dialecto gascón bearnés". (Irizar, *Contribución a la Dialectología de la Lengua Vasca*, tomo I, p. 149).

Por otro lado, Larraxket detalló en su conocida lista esa zona casa por casa (ver *Action de l'Accent*, Libro V, París, 1928, p. 19). Este investigador, además de Eskiula, publicó la lista de caseríos vascoparlantes de Jeruntze, Orin, Oloroeko Sanpe, Inhazi, Arhantze y Aramitze.

Por otro lado, en Sarraltzüne (en francés Barlanès) en el Bearn y en Landa (en francés Lanne), una parte de la población es en la actualidad euskaldun.

En resumen, algunos que administrativamente son bearneses, en cuanto al idioma son euskaldunes. Incluso se sienten más euskaldunes que bearneses, como me explicó en cierta ocasión aquella camarera de Eskiula en un restaurante de Areta...

Esos euskaldunes bearneses que viven esa curiosa situación, aun siendo pocos, resultan significativos e ilustrativos como clave de múltiples particularidades antiguas. Precisamente, hace tiempo escribí bastantes artículos sobre estos temas (ver, sobre todo, *Biarno euskaldunaz*, in *Huntaz eta Hartaz*, Baiona, 1965; y otros artículos en la recopilación *Euskal Herri-tik erdal herrietara*, Amorebieta, Gráficas Bilbao, 1978).

Porque el euskara no ha avanzado en ningún lugar, ni ha ocupado tierra ajena desde hace mucho tiempo... en esas curiosidades tenemos el rastro del retroceso de sus límites.

En cuanto a Baiona, el estudioso historiador baxenabartarra Manex Goihenetxe dio noticia exacta de ese retroceso en la capital de Lapurdi el 12 de diciembre de 1991; y posteriormente (el 20 de febrero de 1992) "Aburu", el anexo de *Enbata*, a través de 8 densas páginas, dio a conocer el fundamento de esa conferencia. Y ciertamente, después de esas excepcionales investigaciones, sólo una absoluta ignorancia y no otra cosa puede explicar la timidez de algunos abertzales sobre la euskaldunidad del BAB (Baiona-Angelu-Biarritz).

Al igual que en las restantes cinco capitales vascas, y según la encuesta del barón Coquebert a principios del siglo XIX (¡al servicio del gobierno de París!), en Baiona los caciques, los adinerados y la gente con ilustración eran quienes hablaban en erdara (en gascón por tanto, hasta que la nueva escuela consecuencia de la Revolución Francesa diera sus frutos); y el pueblo llano baionés, los ciudadanos normales, en cambio, en euskara. “À Bayonne le petit peuple parle basque”, escribió el barón en las notas de su informe.

¿Qué era lo que sucedía en Iruñea o en Donostia? Lo mismo, por supuesto: los nobles en castellano, el pueblo en euskara.

También en Iparralde, el límite, más que geográfico, era social.

Durante toda la Edad Media e incluso más tarde, las palabras Gascogne y gascón, como ha subrayado Goihenetxe, no se utilizaban en ningún sitio. Al mencionar el vasto territorio hasta el Garona, los escritores decían Vasconia, y para calificar a la gente que lo habitaba, usaban la palabra vascón.

En la misma línea, hay que denunciar la falsa creencia según la cual en el interior los límites lingüísticos permanecen fuertes e inalterables en Baxenabarre y en Zuberoa, porque en las comarcas del norte el euskara ha retrocedido.

Precisamente, dos académicos de número y de Iparralde, y ambos investigadores conocidos, han analizado recientemente el retroceso del límite septentrional.

Uno de ellos es Txomin Peillen, de Sentazi (ver F.L.V. 39; 1982; “Ühaitzibar osoa euskaldun”, pp. 339-345); y, el otro, Beñat Oihartzabal, de Baiona, (ver *Iker*, 6, Bilbo, 1992, “Euskararen mugez”, pp. 349-366). (A decir verdad, el uno y el otro nacidos en París)...

Leamos, para empezar, las palabras que escribió Peillen refiriéndose a Zuberoa: “Con este trabajo, al contrario de lo que hemos leído y escuchado en numerosas ocasiones, quisiera mostrar que el límite norte del euskara ha cambiado hace poco tiempo” (FLV 39, p. 339).

Tomando como base el Censo de 1385 (denominado *Censier du Béarn*), nos ha mostrado que el euskara ha retrocedido como mínimo en estos cuatro pueblos de Ühatzandi Behere: Azpilda (en francés Espiute), Lexoze (en francés Lichos), Üz-

kaiñe-Tabailla (en francés Usquain-Tabaille), y Xarre (en francés Charre).

Dicho sea de paso, en la casa Haritzaga de este último pueblo fue recogido por una tía suya el huérfano Laffitte. Aunque el nombre de la casa era vasco, allí el huérfano aita Laffitte aprendió el bearnés y no el euskara. Y esto es significativo.

Beñat Oihartzabal, por su parte, tomando como base la encuesta del barón Charles Coquebert (1806), y comparando el límite lingüístico de Brunot (1927), ha ofrecido las bases para medir minuciosamente ese retroceso (ver *Iker* 6, p. 365).

Burgue y Erreiti (en Baxenabarre), y Ozagaiñe y Jestaze, (Jestatsü en Zuberoa), se están pasando actualmente al erdara. Ante nuestros ojos, por decirlo de alguna manera.

Martin Haas ha añadido más detalles (ver *Iker* 7, "Comunes bilingües", p. 698). En esos pueblos, como ha mostrado, el euskara todavía no se ha extinguido totalmente: en Jestaze el 16% es euskaldun y en Ozagaiñe el 12%. Aunque, como se aprecia, esté a punto de hacerlo.

La erderización de esos valles, como en la Navarra Alta, se ha realizado de abajo a arriba. Por ejemplo:

(Ühatzandi)

De Ündüreñe hacia arriba, (euskara).

Lixoze, Xarre, Jestaze, Azpilda, Ozagaiñe, como he dicho, erderizados recientemente.

(Biduze)

Ilharre, Bizkai (todavía, al menos en teoría, euskaldunes);

Erreiti, Burgue (en 1927 eusk.; en 1994 erd.)

Erango, Akhamarre, Bidaxune, Gixune (erd. desde hace un par de siglos).

Por otro lado, y esto lo hemos sabido a través del médico Constantin, el valle de Baretoz (en el Bearn: Aramitze, Iñhasi, etc.) era todavía euskaldun en el siglo XV.

En otras muchas comarcas septentrionales la toponimia descubre el pasado euskaldun.

En el valle de Iruria de Olorón encontramos estos topónimos (con ortografía oficial): Escos, Abitain, Aspis, Bideren, Munein, Barraute, Orion, Orriule, Narp (y Navarrenx), Audaux, Araux (hay cantidad de Araos en las dos Vasconias), Bas-

tanès, Estos (existe otro en la provincia de Huesca; y los topónimos que empiezan con Esko se extienden hasta Cataluña), Garris, Escou (pronunciado Esku), y el río Auronce.

Por su parte, en el de Pau, tras una inspección rápida: Ramous (recordar el apellido Erramuspe), Berenx, Castetarbe (el castillo de Arbe, claro), Balansun, Argagnon (pronunciado Argañon), Arance, Audejos, Urdés, y Lagor.

Y mucho más al norte, a lo largo de las Landas: Mixe (nuestro Amikuze es Mixe en francés), Lit-et-Mixe, Uza, Guetch, Larden, Onesse, Garrosse (recordar nuestro Garruze, en francés Garris, también Garrués en Nafarroa, y Garro), Lisacq, Escource, el río Leyre (también escrito L'Eyre), Gastes, Navarrosse, Narp, Ispes (en opinión de Irigoien más antiguo que Haizpe), Biscarrosse, Once...

Demasiado, para ser casualidad.

Pero más importante que todo esto: el gascón tiene numerosas características vascas. La explicación no deja lugar a dudas: el gascón tiene substrato euskaldun en sus fundamentos.

Esto nos lleva desde Arán hasta Burdeos. A los mapas más antiguos de la antigua Vasconia.

Por lo tanto, ¿cuándo perdió su lengua original aquella Vasconia septentrional? Hace muchísimo tiempo. Sobre esto todos están de acuerdo, aunque existan grandes diferencias de unas zonas a otras.

El canónigo Narbaitz nos aportó un detalle interesante sobre la ciudad de Akize (Dax) (ver Narbaits, Pierre, *Le Matin Basque*, p. 33).

He aquí, literalmente, el escrito del historiador de Iparralde: "On parlait le basque à tout le moins dans une bonne partie de ce qui, à partir sans doute du VI. siècle, deviendra la Gascogne (Wasconia, Gascogne)". Y con ironía: "René Cuzacq lui-même, authentique érudit et authentique gascon devant l'Eternel, nous a conté fort bien qu'au IV. siècle on parlait basque (et sans doute latin) chez la grande-mère du jeune Ausone, à Dax".

Este dato del canónigo Narbaitz nos lleva a los lejanos años de la ocupación romana.

Según sabremos gracias a Coromines, en Cerdanya (en Cataluña) y en la Vasconia aquitana, seguramente ocurrió más o menos al mismo tiempo la desaparición del euskara.

Este

A cuenta de la nieve, por ejemplo, animados por el propio turismo o por la afición al montañismo, los vascos que han ido hasta el valle de Arán son actualmente numerosísimos.

La comarca de Arán la tenemos bastante lejos, eso sí, como puede deducirse al recordar que se encuentra dentro de Cataluña: concretamente en la provincia de Lleida.

El valle que en aranés se llama “Era Val d’Aran”, como su nombre indica, es exactamente eso: un largo y elevado valle situado al norte de la cadena montañosa. La pequeña ciudad de Vielha (la capital que se encuentra a orillas del río Garona, y que se puede bautizar como hermana de Atharratze), tiene 8.000 habitantes y está a 977 m. de altitud, en plena montaña.

El río Garona lo atraviesa en toda su longitud a lo largo de 45 kilómetros.

No son pocas las particularidades que al visitante vasco le resultan curiosas. Incluido el propio nombre, Garona, porque detrás de Leire hay un río que también se llama Garona.

Pero cogiendo las guías de la colección roja (*Vall d’Aran*, editorial Alpina) y nada más comenzar su lectura, encontrará en la página tres esta frase: “En lenguaje antiguo aranés, el vocablo ARAN significa El Valle o ‘La Vall’. ¿Sólo en lenguaje antiguo aranés? ¿Qué es haran en euskara?”

Euskal Herria, como lo demuestran claramente la Geografía y la Historia del euskara, está en retroceso desde siempre, en proceso de clara destrucción. Y los topónimos vascos son evidentes testigos de ello.

De paso, el idioma especial que se habla hoy en Arán, totalmente autóctono, al cual hemos llamado un poco más arriba aranés (distinto del catalán y del castellano, venidos de fuera), no es sino una rama del gascón. Es decir, una rama del idioma románico que se habló a través de la extensa Vasconia. Hermano del italiano y del rumano.

Ahora hace cien años, los gascones de Pasai Donibane y de Donostia (descendientes de quienes nombraron a Aiet, Urgull, Narrica, Embeltrán, etc.) no se habrían sentido en absoluto fuera de su tierra en Vielha o en Bossost...

Pero sigamos adelante.

Como quizás sepa el lector, en el pueblecito cercano a Vielha llamado Escunhau (pronunciado Escuñaau) se encontró precisamente una de esas piedras con inscripciones en aquitano, conocida en los catálogos como CIL 23. Cuando decimos "en aquitano", y repitiendo a Lafon, queremos decir euskara arcaico, y no otra cosa.

Como se puede leer en la lápida, las palabras son éstas: "ILVRBERRIXO ANDEREXO" y como seguramente esa "x" es un sonido africado (Gorrotxategi, *Estudio...*, p. 131), hay que leerlas "Ilurberritxo Anderetxo". O algo muy similar a esto.

La primera palabra acostumbra a corresponder a la persona merecedora de la lápida (o a una divinidad), y la segunda a quien realiza la ofrenda. Por consiguiente, "A Ilurberritxo de Anderetxo". Todavía más hermoso, en este caso los conocidos investigadores padre Fita y Gómez Moreno han visto en ese escrito los nombres de la esposa y el marido ...

Parece, en una palabra, que en Arán se ha encontrado el primer par de nombres de un matrimonio conocido.

A los euskaldunes no hace falta preguntarles qué es Anderetxo. Y ese "Ilurberritxo" es el hipocorístico de Ilur-berri.

El antiguo nombre de la ciudad bearnesa de Olorón es Iluro (los euskaldunes dicen actualmente Oloroe). La palabra Oihan ha dado Oihartzabal, y la palabra jaun, Jauregi.

Entonces, en ese "Ilunberritxo" está ilun, repetido una y otra vez en aquitano. Teniendo en cuenta que el nombre

euskaldun del Lumbier navarro es Ilunberri (o Urunberri en roncalés), ¿qué euskaldun no va a pensar que ese par de palabras no es de casa?

Pero dejémoslo así.

Y dirijámonos hacia abajo, es decir, hacia Francia.

Y, nada más comenzar, todavía en el valle de Arán, encontraremos dos pueblecitos: uno Arró y el otro Arrós. Los dos situados en pleno *harro* (barranco, Azkue, *Diccionario*, p. 78) del Garona... Recordar nuestro Arrospide, etc.

Y en la misma muga norte, encontraremos un Arbe. Como en Nafarroa.

Seguidamente tenemos Garós (pariente del Garruze de Amikuze, pues es frecuente en esta zona la neutralización r/rr); y Unha (Uña en grafía vasca, eco de Oña). Dejando atrás el encantador Bossost (y haciéndonos notoria la similitud de las terminaciones -ost y -oste) ascenderemos la pendiente y rebasaremos la frontera Francia-España en Portillón. Al bajar el puerto, encontraremos la elegante ciudad de Luchon, tranquila: un conocido remanso de aguas.

Continuando el descenso encontraremos Cier de Luchon. Es suficiente acordarnos de nuestros Zierbide, Zearra, Zearrreta, Ziarsolo, Zierbena, etc., para intuir un deje vasco en ese Cier. Ahora bien, nuestro presentimiento no es ninguna locura: 609: zear, 'costado, ladera', Michelena, *Apellidos Vascos*, p. 165.

Dirigiéndonos siempre hacia el norte, y descendiendo a siete kilómetros llegamos a Cierp.

Está claro que hay que leer Zierpe o Zierbe ya que está más abajo que Cier. De la misma forma que más abajo que Abaurre-gaina está Abaurre-pea. O en San Sebastián, en la vieja Antigua, de la misma forma que el promontorio Loretopea estaba debajo de la capilla de la Virgen de Loreto.

Tres kilómetros más abajo, y al borde del camino por el que nos dirigimos, encontraremos el pueblecito llamado Estenos. Pero al lado de Lizarra, en una orilla del pantano de Alloz, en Nafarroa, también tenemos otro Estenoz. ¡Otra vez el mismo nombre!

Recordaremos otra particularidad interesante: el Ucilos de Boltaña, en Foradada del Toscar, como ha subrayado con

clarividencia Irigoien, es gemelo del nombre del caserío de Arrazola, Urtzillo. Del mismo modo que de lur, sale, lubizia.

Y Lacarro, y Lastarri, y Guncheru, y Escos (escrito antiguamente Escosse)...

Y, así, inevitablemente, se graba en nosotros, firmemente, la idea de que en aquella tierra vivían euskaldunes.

Por lo tanto, es de rigor que de aquí en adelante, y refiriéndonos a muchos siglos atrás, amplíemos sin reparos la extensión geográfica del euskara por el este: "Cette collection de faits nous montre que l'emploi des parlers basques s'est étendu bien plus qu'on en le croît d'ordinaire, et dans un sens *chronologique*, et dans un sens *géographique*" (Coromines, *ibídem*, p. 113).

Y aunque en este libro no tenga intención alguna de introducirme en análisis profundos sobre toponimia, nos ha apetecido realizar alguna otra excursión toponímica. Y, al servicio del lector, así lo haremos.

Salgamos para ello nuevamente desde Vielha, pero en esta ocasión hacia el sur.

Y crucemos el famoso túnel hacia Ribagorza. El valle de Ribagorza está en Aragón, en la provincia de Huesca (por tanto en Oska, según su antigua acepción sin diptongación). Actualmente su lengua particular es el catalán, hablada además del castellano. Precisamente, en los alrededores de Ribagorza se sitúa el territorio que los catalanes denominan Banda de Ponent, fuera de la Cataluña oficial desde 1833...

Otra pequeña nota antes de seguir adelante: al pueblo navarro de Güesa, situado en Zaraitzu (valle de Salazar), lo llamamos Gorza en euskara. Y ese cambio fonológico es totalmente normal. Pues las sordas /p,t,k/ se convierten en sonoras /b,d,g/ al comienzo de las palabras, (ver el viejo Rippa Curza).

He aquí ahora este interesante detalle.

Hace unos veinte años, el catalán J. Coromines alborotó el ambiente. Ya que en la revista navarra *Fontes Lingüísticas Vascas* de 1973 (nº 13, pp. 5-19), publicó un sorprendente artículo: "Dos notas epigráficas".

En el escrito original, su segunda parte se llamaba así: "Una inscripció en basc ribagorça del segle I, amb dos ideogrames".

Mostraba muy claramente, en una palabra, que al menos hace mucho tiempo, al sur de la cordillera (a este lado del valle de Arán, por decirlo de algún modo) se había hablado euskara. No solamente alguna curiosa “lengua prerrománica” como todavía algunos dicen con oscuras intenciones, sino “basc”: “No vacillo, doncs, a considerar aquesta inscripció com un antiquíssim text en l’arcaic dialecte ribagorçà de la llengua basca”. “Una inscripció en basc ribagorçà”, ver la traducción al castellano en el nº 13 de FLV , 1973).

Esta tabla de pizarra fue encontrada en la Alta Ribagorza, en el llamado Pas de la Croqueta. “En la zona, nos dice Coromines, donde las reliquias vascas de la toponimia ribagorzano-pallaresa, que he estudiado tantas veces, llegan al grado sumo en densidad” (p. 8).

Se dice que en la época de la ocupación árabe, aunque los sarracenos entraron y se adueñaron de grandes partes de Aragón, no lo hicieron ni en Ribagorza ni en el Pallars. Sobre todo en las escarpadas zonas montañosas.

En una palabra, los antiguos vestigios vascos se pueden encontrar en esas zonas montañosas (y de hecho se encuentran), más fácilmente, muchas veces, que en otras zonas más cercanas a la Euskal Herria actual.

Nosotros, de cualquier forma, siguiendo con nuestra excursión y dirigiéndonos de los Pirineos hacia el sur, tomando el camino a la derecha en el cruce de Les Bordes, inmediatamente nos encontraremos con el famoso monasterio de Obarra, justo encima del río Isabena.

Es ese nombre lo primero que sorprende al visitante euskaldun, ya que en Ribagorza encontramos el topónimo Isabena, y en Nafarroa Isaba (también tenemos un Isabarre, no muy lejos, como luego explicaremos).

Al lado de Obarra tenemos dos Espés: por un lado Espés, sin más (algunas veces dicho Espés Bajo), y un poco más arriba el llamado Espés Alto. Los dos en las cercanías del monte El Turbón (ese Tur- nos lleva a cantidad de Turde Euskal Herria). No hace falta decir que también en Zuberoa tenemos un Ezpeize (en francés Espès).

El famoso nombre de Obarra se vuelve inmediatamente fuente de luz y de preguntas. Para ello es suficiente mirar, aunque sólo sea por encima, el libro publicado por Ángel

Martín Duque *Colección Diplomática de Obarra* y hacer un seguimiento de la evolución diacrónica de esa denominación. (Universidad de Navarra, 1965).

En los documentos más antiguos (en los de alrededor del año 1000), ésta es la palabra que se lee: "Uarra" (*sic*); por lo tanto Uvarra, y Ubarra en la grafía vasca actual (pues la /b/ entre vocales se pronuncia en euskara como fricativa, al igual que en castellano). Luego comienza a aparecer Ouarra, y posteriormente se impone. En una palabra, la forma antigua de Obarra es Ubarra.

Y esto tiene consecuencias importantes, ya que ese ubar es pariente muy próximo de nuestro acostumbrado ibar.

Algo así sugirió Mitxelena hace tiempo: "No es imposible que haya existido una forma occidental *ubar, var. de ibar... p. ej. en *Ubarrundia*, en la Rēja de San Millán" (*Apellidos Vascos*, p. 156).

Parece, por tanto, que ese Obarra de la parte este no es sino nuestro Ibarra. Y en Ribagorza. El valle que envuelve al río Isabena.

Que esas formas arcaicas aparezcan a la vez en dos extremos del territorio euskaldun, como es sabido, es normal. Por otra parte, Uharra (frecuentemente pronunciado ubarra) en el lenguaje actual, y en algunos lugares, no es más que el río que viene crecido.

En la misma Ribagorza está el pueblecito de Abi, o al menos el que ha sido pueblecito.

En el censo de 1495 el pueblo de Abi tenía 5 fuegos. (Ver Antonio Serrano, *La población alto-aragonesa a finales del siglo XV*). Abi estaba en el valle del Ésera, en los alrededores de Seira, cerca de Castejón de Sos, en la comarca del monasterio de San Pedro de Tabernes.

Ese viejo Abi que en la actualidad es casi imposible de encontrar, nos lleva a Nafarroa: precisamente a Lerga, cerca de los pueblos de Uxue y Garipentzu.

A finales de 1960 se encontró en Lerga una de esas estelas aquitanas (en la tesis de Gorrotxategi lleva la referencia "2", p. 121).

Mitxelena dedicó en 1961 un largo artículo a este descubrimiento, entre otras cosas porque era la primera vez que

se encontraba un texto vasco, corto y casi únicamente onomástico, al sur de la cordillera pirenaica.

Aunque no vayamos a entrar en los problemas de su lectura, en la estela de Lerga se pueden leer estos tres nombres: “Ummesahar”, en opinión de Gorrotxategi, el hijo, (p. 238); “Narhunges”, el padre y “Abisunhar”, el nieto.

La silabación es totalmente conforme a la fonología vasca (Nar.hun.ges; A.bi.sun.har). No hace falta preguntar qué es ese “Ummesahar” (téngase en cuenta la palabra neskazahar que nosotros utilizamos). Umme es totalmente comprensible (recuérdese el aquitano Ombe, en total paralelismo con sembe).

La división de “Abisunhar” es segura: Abi y sunhar. Con la ortografía actual: Abi y zunhar, ver la más habitual zumar; y es absolutamente normal en Zuberoa: Zünharre, Zünharreta (en francés Lichans-Sunhar).

Abi-zunhar y Usun-(h)aritz (ver Dussunarits) son simétricas. Usun, en la comarca del Romanzado, en Nafarroa, no está lejos de Lerga. Son, seguramente dos topónimos gemelos, aunque Mitxelena se mostró remiso ante ello: “Un nombre de árbol sería único en la antroponimia vasco-aquitana, en cuanto alcanzan mis conocimientos” (*Lengua e Historia*, p. 456).

Mitxelena ha creído ver en este escrito de piedra un indicio de la euskaldunidad de los navarros de aquella época: “La estela de Lerga constituye un indicio, pero un indicio inconfundible, de la tenacidad con que se mantuvieron las viejas hablas en la proximidad del Pirineo” (p. 457).

Por otra parte ese Narhun parece pariente muy cercano del Larhun cercano a Sara: es normal la alternancia al comienzo de las palabras, tanto en la Euskal Herria actual como en el Ribagorza-Pallars de entonces. El Nestui del Aneto, en Cerdeña, por tanto en Cataluña, “est prononcé Lestui par beaucoup” (Coromines); y el Navarri de Malpàs, Lavarri. ¿Cómo no recordar nuestra pareja, lasai/nasai, entre otras muchas? (p. 109).

No sabemos lo que significa ges (o gesi, según algunas lecturas). En el dialecto de Lapurdi para decir *flèche* (en castellano, dardo) se ha solido utilizar gezi. ¿Será el nombre antiguo de otro árbol? Estamos intuyendo un texto antiguo del Alto Aragón. Es normal que tengamos dudas.

De todas maneras, las sorpresas del euskaldun no terminan ahí.

Si al salir de Arán hubiésemos ido de Vielha hacia arriba (y por lo tanto hacia el sur), ascendiendo el valle del Garona, hubiésemos llegado primero a la conocida estación de esquí de Baqueira-Beret, en donde se producen grandes nevadas y que es un extraordinario complejo turístico (también el rey de España acude allí a practicar los deportes de invierno).

Pasaremos el puerto de la Bonaigua, que a causa de la nieve suele estar cerrado en invierno, y, al superar el valle de Arán para introducirnos en el Pallars, encontraremos el pueblo de Sorpe. Más abajo (a 948 m. sobre el nivel del mar) Esterri d'Aneu, pueblo que también está preparado para el turismo de verano.

Más adelante está el valle de Unarre y en él encontraremos Isil y Escalarre. Y nosotros nos acordaremos del Eskalarre de Nafarroa; y al ver Alos de Isil, de Alos-Torrea. Por allí también leeremos Cerbi, justo en las cercanías de donde vivieron los llamados “cerretani”.

Todavía más abajo, el encantador pueblecito de Isavarre (“qui répond au basque Isaba”, en palabras de Coromines); y gemelo del Isabena que hemos encontrado en Ribagorza (para contarlo todo, llamado “Isavana”, en los documentos más antiguos, “Isauana”).

Y dirigiéndonos hacia abajo por el río Noguera Pallaresa, Estaon y Arestui (éste, pariente exacto de Aresti y Haritzui; ver Sagardia/Sagardui, por ejemplo; también Elordui y Otadui).

Posteriormente aparecerá el pueblo de Llavorsí, junto al monte Urdossa (tenemos Urdoz junto a Baigorri). Más abajo, al lado de Tirvia, Araós (sic), como en Oñati. Pasar Rialb y Escós (otra vez como en Baxenabarre), y en las cercanías una cumbre de 2.437 metros: Torre de l'Orri... De verdad, no es posible que todo esto sea una casualidad.

Todavía más allá, es decir, más hacia el levante, encontraremos Bescaran.

A decir verdad, ya sabíamos que no hay que extrañarse de esto como consecuencia de las investigaciones de Coromines, pues hasta el puerto de Col de la Perche el substrato vasco es mayoritario. Esto es, ese Col de la Perche está muy lejos, frente a Font-Romeu y Llivia, al este de Puigcerdá, bastante más allá que Andorra, a la par de Berga, y a la vista de los famosos Prada y Canigú...

Más allá, dicen que los topónimos con origen ibérico son mayoría.

En la propia Llivia, junto a ese Treviño que el Estado español tiene dentro de Francia, está el pueblo de Estávar, bastante conocido entre los estudiosos del euskara a través de Coromines. Según nos ha enseñado el docto catalán, está la pareja arcaica Estavar/Estaguja; totalmente gemela de nuestro Hiribarren/Hirigoien. (Quien quiera saber algo más sobre esto, vea el trabajo de investigación "Toponimia bascoide a Catalunya", pp. 158 y ss. in *Estudis de Toponimia Catalana*, Barcelona, 1966: "els noms cerdans em 'guja' i en 'barre").

Que los euskaldunes sospechemos estas cosas quizás podría tomarse por locura. ¿Qué pensar, en cambio, si esas ideas son resultado de las investigaciones de los eruditos catalanes Abadal y Coromines?

"Hi ha raons per a creure que... es parlaven varietats bascoïdes a la major part dels Pirineus" (*ibídem*, p.172).

Y en otro trabajo: "Tant qu'on restera dans les Pyrénées (et à l'Ouest du Col de la Perche) on pourra parler strictement de basque" (Coromines, *Survivance du basque*, p. 98). Dice el euskara, y no alguna "lengua prerrománica", o algo parecido. Pues algunas veces es eso lo que ha quedado en el aire; ¿no existieron en los Pirineos, al igual que en el Cáucaso, gran cantidad de lenguas, frecuentemente extrañas entre sí, como por ejemplo el avar y el armenio?

Por otra parte, los ilergetes, que vivieron de Graus hacia arriba, son emparentados por la mayoría de investigadores con los denominados vascones.

Más lejos. La antigua lengua de Cerdanya, en opinión de esos investigadores catalanes, no era sino otro dialecto vasco antiguo: "El basc antiquissim de Cerdanya, potser ja extinguit cap al segle VI", dice Coromines. Téngalo en cuenta el lector: "el basc antiquíssim". Y Coromines no es cualquiera.

Quien fue su admirador y amigo Koldo Mitxelena, escribió estas líneas sobre el tema: "Hay testimonios epigráficos que establecen que, en una parte de Aquitania, con inclusión del valle de Arán, se habló una lengua que es, en substancia, algo extremadamente parecido al vasco antiguo" (*ibídem*, p. 450).

Su sucesor en la cátedra y discípulo oficial, el profesor Joakin Gorrotxategi, es de la misma opinión: “El vascuence, o un grupo lingüístico éuscaro del que el vascuence formaría parte, desvinculado ya de su vecino el ibérico, veía extender su territorio considerablemente hacia el este a lo largo de los Pirineos, hasta llegar al río Salat”.

Hay que extender el territorio del euskara antiguo hasta Andorra, e incluso hasta más lejos.

Para resumir de alguna manera esta opinión mayoritaria, Gorrotxategi decía así en su tesis: “A esta visión –aquí se refiere a Abadal– venía a sumarse Coromines, 1960,... donde se exponía la existencia de un gran número de topónimos de origen éuscaro en la zona del Alto Pallars (Lérida): este valle del Noguera Pallaresa es el correspondiente al del Garona en la vertiente meridional”. Y seguía así: “Coromines en este trabajo se sumó a la opinión, ya emitida por don Ramón de Abadal, de que las gentes que habitaban estos valles de Ribagorza y Pallars pasarían del vascuence al catalán sin la fase intermedia de la latinización, fenómeno que requiere una supervivencia del vascuence hasta el siglo X” (ver Gorrotxategi, *Onomástica Aquitana*, UPV, 1984, p. 96).

Podíamos saber esto por medio de Sylvius Italicus: “(le-quel) associe les cérétans, ancêtres des gens de la Cerdagne, avec les Vascons; et des ethnologues modernes des plus éminents ont adhéré à cette classification” (*Estudios de Toponimia*, p. 113).

Al euskaldun normal le resulta extraño conocer, por dar un nuevo ejemplo, que la palabra *res* (por tanto, nada) en el Pallars lo convierten en *arrés*. De la misma forma que del latín *rota* los vascos hemos sacado *errota*.

Es decir, “on entend ‘arrés’ partout dans le Pallars” (*ibidem*, p. 123). Y en el Alto Aragón ocurre el mismo fenómeno: en la densa recopilación de Navarro Tomás, y entre otras, se documenta “arrequisición” en el año 1293 (ver T. Navarro Tomás, *Documentos lingüísticos del Alto Aragón*, Universidad de Columbia, 1957, p. 100).

Pero cuidado: ahí no hay, de ninguna manera, una curiosidad suelta: “On pourrait exemplifier toute la phonologie basque au moyen de la toponymie pallaraise” (Coromines, *Estudis*, p. 123). “Ce sont les traits coïncidant avec le basque

qui nous frappent et par leur nombre et par leur importance" (*ibídem*, p. 138).

Estos parecidos fonológicos repetitivos tienen gran importancia, pues no pueden aparecer sino después de un prolongado bilingüismo. Gendearia (en latín centenaria) y Ripalda (vs. Ribalta), es seguro que tienen substrato vasco. "Insistiré, porque esto no suele ser evidente para el no especialista, en que el valor apodíctico de este tercer grupo de pruebas", fonológicas, de adaptación fonológica de los préstamos de origen románico, "no me parece en nada inferior al de los otros dos" (K. Mitxelena, BRSAP 1966, presentación de los *Estudis de toponimia catalana*; p. 283).

Y ahora, alejándonos durante un par de páginas de los estrictos testimonios de la propia lengua, vuelven a resucitar esas sospechas del eco vasco.

Leamos, por ejemplo, el librito que hay que considerar como "blanco" *El Pirineo Aragonés* (Santiago Broto Aparicio, Everest, 1979). Y refiriéndose a Ribagorza, y más concretamente a Benasque, dice lo siguiente sobre la iglesia de la Virgen de Guayente (destrozada en la guerra de 1936), que está sobre Esera: "Tiene el poético interés de la ingenua leyenda medieval, que se relata con todos sus pormenores en un manuscrito firmado en el año 1292 por don Pedro Azcón y Abarca, conservado en el archivo de sus descendientes".

"Narra don Pedro, nos cuenta Broto, que yendo un antepasado suyo, don Hernando de Azcón y Anciles a su casa solariega de Liri, y siendo noche cerrada, oyó unas voces que entonaban melodiosamente la Salve, sobre las rocas que se alzaban al otro lado del río". Etcétera.

Que aparece una imagen de la Virgen María, que desaparece otras tantas, etc., y que la llevan una y otra vez a Sahún. La leyenda, como se habrá dado cuenta el lector, es extraordinariamente igual a lo que se dice ocurrió en algunas ermitas vascas...

Pero dejemos esto como está.

Y miremos a esos nombres. A quien encontró la imagen se le llama Azcon (no hace falta decir que en Nafarroa hay un pueblo que se llama Azkona); se nos explica que la casa natal de ese Azcón estaba en Liri (en Zuberoa tenemos Ligi, en francés Licq). Y que camino de su casa, Azcón salió de Anci-

les (en Baxenabarre tenemos Aintzila, en francés Aincille). Para colocar la imagen se dice que Azcón la llevaba a Sahún (¿cómo no mencionar a Etxahun, el poeta de Barkoxe?; sabiendo que los Etxenagusia se han convertido en Chena... y que conocemos los Txabarri y Liberry reducidos por la misma aféresis de la débil sílaba de la izquierda...).

Viendo a ese Azkon, se nos ocurre rápidamente que por qué no se debe leer *gezi* en la piedra de Lerga.

Y, por otro lado, me resulta muy curioso (por no decir otra cosa) lo que yo mismo, recogido en Zuberoa, he escuchado y transcrito sobre el puente de Ligi: "Gisála Lígiko zü-bía lamiñék egñi(k) tüzü... kalthégin ziezün herríko neskatillá(r)ik eijerréna... láster azken-harría zén ezartéko... bé(r)e kükürükü handiéni(r)o igórtendü... azken-harría ürthüki zien üháitzilat" (*Fontes Lingüísticas Vascas*, 34, pp. 29-36).

El escritor Santiago Broto ha encontrado la misma historia casi palabra por palabra en Sobrarbe (*El Pirineo Aragonés*, p. 245). Aunque no estamos refiriendo a comarcas desvasquizadas hace mucho tiempo, "los relatos sobre Monclús se repiten, y las piedras del congosto de Entremón guardan viejos secretos, extrañas historias, como la del Puente del Diablo, allí junto a la enorme presa; que fue construido en una noche por los espíritus infernales, con la promesa, fallida luego por el importuno canto del gallo, de entregarles las almas de las tres doncellas más hermosas de Mediano" (*ibídem*, p. 245). Indudablemente es la misma historia.

En la misma línea, en la zona montañosa de Huesca al parecer existían lamiñas (ver Broto, p. 252). Y las de Sobrarbe, como las de nuestro entorno, dicen que aparecían en la noche de San Juan, y que peinaban su hermosa y rubia melena a la luz de la luna: "Algún pastor dijo haberlas visto peinando sus cabellos y poniendo ropas a tender" (Broto, *ibídem*, p. 252).

Como es normal, algunos vascos han pensado si las pastoradas de la Alta Huesca no son gemelas de las pastorales de Zuberoa (incluido yo). Pero el principal experto en estos temas, Beñat Oihartzabal, no encuentra parentesco. Tampoco Mitxelena: "En cuanto a los orígenes y antigüedad de este teatro, se ha pensado, a causa de la proximidad, en las 'pastoradas' de Huesca, que difieren mucho tanto por la extensión como por los temas" (*Historia de la Literatura Vasca*, Luis Michelena, Madrid, 1960, p. 29).

La danza es el eje del espectáculo de las pastoradas de Huesca. Pero también en las pastorales de Zuberoa, ¿quién puede negar la importancia y testimonio continuos de la danza?

Los vascos también tenemos motivos de sorpresa en otros espectáculos del Pirineo central.

Para dar un único ejemplo, lea el lector las siguientes líneas escritas sobre el teatro popular *La Morisma* que se interpreta todos los años en la admirable capital del Sobrarbe, Ainsa, el 14 de septiembre:

“Este drama histórico –dice Broto– se representa de forma espectacular, con la participación como actores de un centenar de personas, vestidos a la manera medieval, tanto los cristianos como los moros. Su sabor popular y étnico, su carácter colectivo, valor histórico y antigüedad documentada, hacen de ella una pieza de gran interés en el aspecto tradicional y folklórico”.

En un verso irregular, los distintos personajes, desde el Monarca, nobleza y gremios, milicia y representantes de pueblos, desfilan en el abierto escenario de la plaza Mayor, para revivir el milagro de la aparición, sobre la encina de Sobrarbe, de la roja y luminosa Cruz.

El texto, en romance, parece relativamente moderno, y se inicia con un parlamento del pastor, en el que se refiere que viene en secreto a prevenir del ataque de los moros. Después intervienen dos generales y un soldado que pone la nota humorística con dichos alusivos.

Después todas las villas y lugares del antiguo Sobrarbe se expresan por medio de enviados, entre ellos los de Laburda, San Vicente, El Pueyo, La Fueva, Banastón, Araguás, Cagigosa, etc.

Terminada la actuación de los cristianos, comienzan los representantes moros, a los que ayuda constantemente el diablo. Posteriormente la reina mora pide clemencia y se hace cristiana, y después se entabla una batalla espectacular, simulando la conquista de un castillo, y apareciendo la Cruz victoriosa en la encina.

El pastor finaliza la representación diciendo que se marcha a Jaca y San Juan de la Peña a comunicar el triunfo (Broto, p. 241).

A quien haya visto la pastoral de Zuberoa, no se le hará extraña la representación teatral que nos han presentado las líneas precedentes...

Pero nosotros, aunque esas extrañas similitudes y otros muchos detalles merezcan una explicación más completa, seguiremos con lo nuestro. Y volveremos a las significativas notas lingüísticas.

Por un lado el Zazpiak Bat dentro de la tradicional Euskal Herria, y por el otro la repetición de nombres paralelos que se pueden encontrar en las regiones más al este, invitan a la reflexión.

Aquí presentaremos listas humildes y limitadas. A quien quiera más detalles le recomendamos que acuda a los trabajos del lingüista Alfontso Irigoien, *En torno a la toponimia vasca y Circunpirenaica*, publicado en 1986 en la Universidad de Deusto.

Alós (terreno escabroso); ver *Alos*, en Zuberoa.

Arán (terreno escabroso, Boltaña). *Valle de Arán*. (H)aran, valle.

Arbisa (terreno escabroso, junto a Basa). Vs. *Arbeiza*, en La Rioja.

Artaso (Aquilué, Jaca). También en *Arantzazu*.

Artasona, numerosos. También en *Nafarroa*.

Artaun (Almudebar, Huesca).

Ayerbe (en Broto).

Azpe o *Aspe*, algunos. Tanto en Iparralde como en Hegoalde.

Sobrarbe, en el origen Super-Arbe. *Arbe*, apellido común.

Belarra (en las cercanías de Sabiñánigo).

Iguazar (en Jaca). Vs. *Igoa* (en Nafarroa).

Góriz, Ordesa; vs. *Gorliz*, etc.

Irués (río de Bielsa). Vs. *Iroz*, en Nafarroa.

Larrayeta (Aniés, Huesca). *Larraz*, etc.

Liri, en Ribagorza, antes mencionado. Vs. *Ligi*.

Linsoles, Huesca. Vs. *Linzoain*, etc., en Nafarroa, también *Linza* en Aragón.

Escarra (Panticosa).

Ola, Olla (muchos en Huesca). Vs. *Ola, Olha*, etc.

Sarasa (en Jaca).

Saijerri (en Jaca).

Charo, Aragón. Vs. *Zaro* (en Baxenabarre) (¡luego convertido en Caro!).

Viadós (Benasque). Vs. fr. *Viodos*, eusk. *Bildoze*.

Sopeliana (Ordesa). Vs. *Sopelana*.

Arazas (Ordesa). Vs. *Araxes*.

Arresa (Sobrarbe). Vs. *Arrese*.

Ereta (Sobrarbe). Vs. *Areta*, *Ereta* (Bizk. Araba).

Soaso (Ordesa). Vs. *Zuazu*, *Zuhatzu*.

Vizcarra (colina, Biescas). *Bizkarra*, común.

Bescós (Jaca). Vs. *Beskoitze*, *Beraskoitze* (en Lapurdi).

Atarés, Aragón. Vs. *Atharratz(e)* en Zuberoa.

Eresun, Aragón. Vs. *Eratsun* (en Nafarroa).

Lumbier (Borau, Jaca). Vs. *Lumbier*, *Irunberri*, en Nafarroa.

Urdués (Hecho), *Urdos* (Aspe), *Urdoz*.

Esurra (Tramacastillo, Jaca). Vs. *Ezkurra*, Nafarroa.

Garay (en Ansó y en Hecho). Vs. *Garai*, común.

Larraga (Bielsa, Boltaña). Vs. *Larraga*, en Nafarroa.

Larrain (monte de Jaca). Vs. *Larraineta* (Bizkaia).

La Sarra (terreno escabroso, en Huesca). Vs. *Lazar* (puerto, Nafarroa).

Yesa (barranco, cerca de Ainsa). Vs. *Yesa* (en Nafarroa).

Orós, dos, en Serrablo. *Oroz*, en Nafarroa.

Ainsa. ¿No es éste una variante arcaica de *Gaintza*? A la localización de la hermosa Ainsa, en euskara le correspondería, ciertamente, *Gaintza*...

Etcétera, etcétera. Se pueden encontrar a cientos.

Aunque a través de los siglos el intento de desfigurar, castellanizar, traducir y desenraizar los nombres vascos haya sido permanente e incansable, los restos del que se da por acabado mundo vasco se encuentran todavía en la vieja toponimia. Fuertes, evidentes.

Así, por tanto, sabiendo que la lengua que se habló antiguamente en la zona de Jaca, en el Sobrarbe, en Ribagorza, en el Pallars, en la parte de Urgell, en la Cerdanya, era el euskara, a los vascos nos interesa saber cuándo (aunque sea

aproximadamente) se perdió nuestro idioma en aquel territorio.

A través de menciones específicas, difícil, ya que normalmente, ni se dice en ningún sitio que nuestra lengua se utilizase.

Mediante investigaciones estrictamente filológicas se pueden proponer las líneas generales de la cronología. En el valle de Pallars, en opinión de Coromines, el euskara fue medio de expresión durante los siglos visigodos. También durante los primeros dos o tres siglos de la Reconquista (siglos VIII, IX y X).

Lacarra opinaba algo parecido: “Don Ramón de Abadal emite la hipótesis –que ya hemos mencionado– de que las gentes de la parte más alta del Pirineo, en estos valles de Pallars y de Ribagorza, pasarían del vascuence al catalán sin la fase intermedia de la latinización, y esto tal vez en el siglo X” (*Vasconia Medieval*, San Sebastián, 1957, p. 11).

He aquí, literalmente, lo que el historiador Ramón de Abadal nos dice en su trabajo de investigación *Pallars i Ribagorça en los siglos IX i X*, Zaragoza, 1958: “Es evident que la llengua indígena sobrevisqué llargament a través d’aquest domini i possiblement no desaparegué fins molt avall del nostre primer millenari” (p. 53).

Y más adelante: “Aquest poble pirinenc ocupa, com el nom que li estat donat pels prehistoriadors vol indicar, tota l’área de la cadena d’alta muntanya que separa França d’Espanya, i s’escampa pels estreps i altes planes prepirinenques. Pel nostr costat ames dels pallaresos i ribagorçans, per als quals non se’ns ha conservat appellació específica històrica, són pirinenques les tribus que els romans denominaven Aranesos, Andorrans, Ceretans, Berginstans, i en forta proporció els Ausetans i Auso-ceretes... Ho demostrarien les restes de toponimia eusquérica, puix que *l’èuscar hauria estat la llengua pròpia del poble pirinenc*” (p. 54).

Para decirlo de paso, y haciendo una pausa, el antiguo nombre de la ciudad que relacionamos con la famosa butifarra, Vich, es Ausa (como se podía entender de la lectura atenta de la lista anterior). En una palabra, el Auza de Ultzama tiene su gemelo en Cataluña...

Pero volviendo a los resultados de Abadal: “Paral·lelament es degué anar fent una transformació lingüística fins al

punt que, sempre en els altes regions, és possible que es saltés de l'èuscar al català sense la fase intermèdia de llatinització" (*Pallars i Ribagorça*, p. 55).

Regresemos otra vez a los escritos de Coromines.

Para cuando los árabes llegaron a Cataluña en el siglo VIII, el euskara ya había perdido terreno hasta Tremp.

La comarca de Gerri perdió el euskara más tarde. Posteriormente Cardós y Val-Ferrera. Luego la zona de Aneu. Y finalmente, en el intervalo entre los siglos XI y XII, los valles de Cabdella, Boi y Arán. Es seguro que las tierras altas de este valle fueron las últimas en perder el euskara en la parte este del Pirineo.

He ahí, sin gran riesgo de error, lo que se puede decir de la desaparición del euskara en aquella región.

Aunque sólo conociéramos esto, se podría inferir fácilmente lo siguiente: que se pueden encontrar sin dificultad topónimos vascos tanto en el Alto Aragón como en el Noroeste de Cataluña. "Dans le Haut Aragon et dans le Nord-Ouest de Catalogne ces noms (à parenté basque) se trouvent en masse" (Coromines, *ibídem*, p. 106).

Por un lado, porque el euskara que se utilizó en la formación de esos topónimos es muy antiguo y, por otro, porque geográficamente está muy alejado, se nos queda un tanto lejos de nuestra habla habitual. Y esto no es nada sorprendente. Lo contrario sí que lo sería.

"Ces parlars basques ou bascoïdes anciens des Pyrénées Centrales et Orientales étaient sans doute fort différents des dialectes basques d'aujourd'hui" (p. 106).

Los nombres de lugar, tienen aire vasco: "Ils ont l'air aussi basque que dans la zone aujourd'hui frontalière du basque; seulement c'est une physionomie basque un peu différente, un autre dialecte" (p. 117).

¿Qué tipo de dialecto? Hoy no lo sabemos.

Pero, según Coromines, poco a poco nos será posible reconstruir las características y las singularidades de esos dialectos orientales. Eso sí, será necesario mucho tiempo: "Ce ne sera que peu à peu, et après quelques générations de savants, qu'on pourra en reconstituer patiemment le vocabulaire et la grammaire" (*ibídem*, p. 106).

Aun dejando de lado los detalles del dialecto, se puede observar, aunque sea a grandes rasgos, su diacronía.

Basado en la toponimia, los cálculos realizados por Coromines han demostrado una cosa: en la parte central del Pirineo existió una cuña no vasca, que dejó la zona vascófona dividida en dos partes.

Haciendo un recuento de los nombres de pueblo que tienen etimología vasca (él, en este punto, dice concretamente “pré-romane”), se encuentran dos máximos en la curva: uno en Arán (45%) y el otro en el Pallars (54%), mientras que en la zona de Jaca y en Ribagorza la cantidad desciende aproximadamente al 35%.

Dicho de otra forma, parece que en la Edad Media aparecieron, separadas unas de otras, *islas vascas* en el Pirineo.

Encontrar un conjunto de islas de este tipo en la antigua zona de expansión de una lengua no es nada extraño.

Al contrario, es habitual esa partición plural en los territorios de lenguas en proceso de desaparición. De la misma forma que los idiomas que están a punto de desaparecer acostumbra a mostrar unas características inalterables en su morfosintaxis o en su fonología.

Para recordar solamente dos ejemplos, mencionaremos primero el caso del bereber y, seguidamente, el del gaélico de Irlanda.

El bereber se habla en el norte de África, especialmente en Marruecos y en Argelia.

Aunque no existen datos muy exactos, en Marruecos el bereber dispone de cinco millones de hablantes, aproximadamente, (por tanto, el 20% de la población), y en Argelia de unos tres millones (el 12% del Estado). No hay más que recordar los graves sucesos de 1980, especialmente en Kabylia, para entender la falta de precisión de las cifras. También hay algunos bereberes en Túnez, en Mauritania y en Mali.

En general, y en una primera aproximación, se puede decir que el bereber es la segunda lengua de Marruecos y de Argelia, en la medida en que dejamos de lado el francés.

El bereber de Marruecos se divide en tres dialectos: el llamado tarifit, hablado en el Rif, antigua colonia española; el tamazight, utilizado en el Atlas Medio y en la parte oriental del Alto Atlas; y finalmente el tashlhit, hablado en el Anti-

Atlas y, en general, en el Alto Atlas. Los tres se pueden escuchar actualmente a través de la radio.

El bereber de Argelia, en la misma línea, se divide en dos dialectos principales: uno, el kabyl, hablado en la costa, en los alrededores de Al-Jezair (en fr. Alger), y de Bejaia (en fr. Bougie). Y el otro, el shawiya, usado en la zona montañosa de Aurès, famosa en la época de la guerra de Argelia.

Según dicen los expertos, los bereberes que hablan tarifit en el Rif y los que hablan kabyl en Argelia se entienden bastante bien entre ellos.

Es decir, el bereber no tiene, en cuanto a la geografía, unidad territorial. Según explica Vintila en su diccionario (*Les langues du monde*, 1984, París, p. 63) al bereber le corresponde un territorio troceado, discontinuo: "Aire discontinue –podeamos leer– surtout sous forme d'enclaves".

Y es suficiente mirar la colorista y conocida *Carte Ethnographique* de J. Gabrys (Berna, 1918) para comprobar la misma división.

Tomemos ahora un mapa lingüístico de Irlanda. Por ejemplo, el que aparece en el libro de Meic Stephens, *Linguistic Minorities in Western Europe* (Gomer Press, 1976, p. 445).

Ahí tenemos otro conjunto de islas, parecido a la situación geográfica que el euskara conoció a finales de la Edad Media.

De acuerdo con el censo de 1971, en Irlanda había entonces siete *gaeltachta*, separadas las unas de las otras: seis de ellas naturales, por decirlo de alguna forma, y la séptima, la de Meath, la zona especial que los nacionalistas irlandeses crearon expresamente en 1930 para recuperar la lengua, mediante el traslado de emigrantes que se expresaban en gaélico.

El número de hablantes (mayores de 60 años por aquella época) era el siguiente:

Donegal	18.321	hablantes
Mayo	9.270	"
Galway	17.698	"
Kerry	6.200	"
Cork	2.700	"
Waterford	730	"
Meaht	900	"

Siendo todos los habitantes de esas *gaeltachtas* bilingües (o ingleses monolingües), y habiendo fallecido en estos últimos 22 años la mayoría de los ancianos que por su edad conocían bien el idioma, actualmente se puede decir (y hay que decirlo) que el gaélico original ha desaparecido en las *gaeltachtas*.

También nosotros, al igual que en Irlanda y en el Maghreb, teníamos numerosas islas lingüísticas (Menéndez Pidal era de la misma opinión). No pudiendo entenderse en su intercomunicación los hablantes procedentes de las zonas más alejadas y con la interrupción geográfica debida a otras lenguas, cada vez se separaban más.

La isla principal, evidentemente, se encontraba en nuestro Zazpiak Bat, aunque no completaba todo su territorio. Pero existían otras dos islas: una en Ribagorza, Pallars y en la parte alta de Aragón; y la otra en la Rioja y la Bureba Alta.

Los mapas lingüísticos que se ven habitualmente, en lo que se refiere a la Antigüedad, son falsos. Nuestro pueblo no ha conocido esa linealidad. Ha llegado la hora de que dejemos de lado algunos viejos esquemas.

Sobre todo porque esconden la partición geográfica, institucional y psicológica de nuestro pueblo. La destrucción de nuestro pueblo ha sido primeramente territorial. Y continúa ahí, delante de nuestros ojos.

La idea de esas islas vascas es de Coromines, y no del autor de estas líneas: "Pallars (sans doute avec le Haut Val d'Aran, de l'autre côté de la chaîne) a dû constituer *une île linguistique basque* lorsque presque tout l'Aragon était déjà submergé par la marée montante de la romanité" (*ibídem*, p. 117).

La cronología y la expansión de las /e/ y /o/ diptongadas nos sugieren algo parecido.

Los mismos topónimos que en la zona de Sobrarbe y en la zona media de Huesca encontramos diptongados, aparecen sin diptongo tanto en la Euskal Herria convencional como en el Pallars.

En Huesca, al Estierri cercano a Castejón de Sos, por ejemplo, le corresponde Esterri en Lleida (y aquí Ezteribar). Al Urdués de Hecho, le corresponde Urdoosa en el Pallars y Urdoz en Baxenabarre. A Aragüés del Puerto, sobre el río

Osia, le corresponde Araós en el Pallars y Araotz en Gipuzkoa, etc.

Parece que en el Pirineo central, en la zona de la ciudad de Huesca, apareció una cuña no vasca hace muchísimo tiempo, confirmando que la capital, fue zona de cultura romance.

La toponimia y la antroponimia vascas pueden ser vestigio de una situación antigua. Esto está claro. Pero en la montaña, como advierten Coromines y Abadal, pudo ocurrir que el euskara, casi a escondidas, estuviera en una situación hyper-diglófica. Al igual que lo ha estado estos últimos dos o tres siglos en algunas comarcas de Nafarroa.

La propia recopilación de documentos de Navarro Tomás no aclara nuestras dudas. Pero no faltan razones para pensar que se nos esconde algo.

En un documento de 1296, por ejemplo, (ver Navarro Tomás, *Documentos*) aparece el “jurado del conçellyo de Brallauilla” llamado *Açnar Belça* (en Santa Cilia de Jaca). Por otra parte, a la esposa de Petro d’Acomuer se la llamaba *Andrevra* (Jaca, 1361; p. 179).

Mucho más tarde, en 1441, se da noticia de un testamento (p. 206). Se mencionan los pueblos de Sabiñánigo y Aillué, además de Ara y Jaca. Aquella familia la formaban cinco hijos y una hija. He aquí sus nombres: *Martínico*, *Çalbico*, *García*, *Johánico*, *Petrico*; y la única hija: *Albiruca*. No haré comentario alguno.

Los presentimientos no son solamente sospechas: “Sabido es que en época primitiva poblaron esta zona de la península, –desde el valle de Ansó a las riberas del Cinca– gentes de la misma estirpe que las que ocupaban Vasconia” (Navarro Tomás, *Documentos A. Ar.*, VI).

Todavía más, el mismo Navarro Tomás, que fue pionero en el análisis del acento vasco, escribió lo siguiente en su libro *El Acento Castellano* (Madrid, 1935, p. 45): “Por mi parte, advertí la posibilidad de suponer análogo parentesco entre los rasgos más característicos de la entonación aragonesa y la vascongada”.

La economía no jugó a favor del euskara. Siendo el valle del Ebro el más rico e interesante, la zona montañosa (tanto en Araba y Nafarroa como en Aragón) siempre ha estado a merced de los erdaldunes del Ebro (tanto romanizados como

musulmanes). El *Ager* ha sometido al *Saltus* una y otra vez. Y el pueblo euskaldun ha estado, en dos palabras, marginado y explotado en su propio territorio (y todavía lo sigue estando).

Pero, a pesar de todo, Euskal Herria estaba ahí.

El documento más conocido es, quizás, el referido al mercado de Huesca. En esta capital de Aragón, estuvo prohibido hablar en euskara y hasta muy tarde (según ha descubierto el historiador Zierbide).

He aquí el testimonio conocido hace tiempo, en su versión original: "En relación con zona aragonesa... hay que señalar las *Ordenanzas de 1349*, de Huesca, en las cuales se lee lo siguiente:

"Item nuyll corredor non sia usado que faga mercaderia ninguna que compre nin venda entre ningunas personas, faulando en algaravía nin en abraych nin en basquenç; et qui lo fara pague por coto XXX sol" (Alfontso Irigoien, *En torno...*, Universidad de Deusto, 1986, p. 193).

A decir verdad, no nos resulta extraño que en aquella época se pudiera escuchar el árabe y el hebreo en Huesca. Pero lo que al vasco corriente extraña es que se utilizara hasta el punto de tener que ser prohibido expresamente.

A quien promulgó esa norma en el siglo XIV, seguramente nuestra lengua le era extraña (pues la equiparó con el hebreo y con el árabe). Pero, por otro lado, teniendo en cuenta la forma en que se realizaban los viajes y los movimientos de gentes, parece correcto pensar que durante la Edad Media en el Alto Aragón, en la montaña (y por lo menos hasta el siglo XIV), se hablaba euskara.

En la misma línea, y acercándonos en este caso hasta el siglo XX, es interesante lo que sabemos gracias al investigador Gartzzen Lacasta Estaun (ver el escrito *El Euskera en el Alto Aragón*, Bilbao, 1988; todavía sin publicar) y del que nos dio noticia Alfontso Irigoien.

Según contó el académico y catedrático Isidro Escagüés de Javierre, al profesor Alfontso Irigoien, en el pueblo de Uncastillo han hecho la liturgia en euskara hasta inicios de este siglo; por tanto, en la provincia de Zaragoza, al norte, fuera del valle de Onsella.

Como ha explicado el testigo Escagüés de Javierre, en su niñez (1923-1924) aprendió en el propio Uncastillo a rezar en

euskara. Guardaba el recuerdo del Padre Nuestro, un poco confuso, y lo repitió a Irigoien tal como lo recordaba:

“Aita guria seude / etán saudená / santificát bedí surei se-ná /”, etc. (ver *Vitoria en la Edad Media*, conferencia leída por Irigoien el 23 de septiembre de 1981).

Posteriormente, Irigoien se presentó en el pueblo con su mujer para poder profundizar en el tema. Pero dice que los habitantes de Uncastillo le hicieron un pésimo recibimiento. De la misma forma que en algunos pueblos orientales de Navarra, según ha señalado Koldo Artola, es tabú y se rechazan todas las preguntas que se refieren al euskara y cualquier otro tema vasco, en Uncastillo parece que es “feo” preguntar actualmente nada que tenga que ver con la raíz vasca de la zona...

Yo mismo puedo añadir otro humilde testimonio. Y en esta ocasión se refiere a Sigüés, un pueblo que está (¿mejor, que estaba?) al borde del pantano de Yesa.

La mujer del que fue mi amigo Jean Moureau, de Burdeos (yo mismo la conocí, aunque ahora no recuerde su nombre y apellido), era más o menos de mi edad. Aquella mujer hablaba euskara en dialecto Bajo-navarro, que había aprendido en su niñez.

Y en cierta ocasión, aquella mujer me contó que solía acudir en verano a ver a su familia en Sigüés.

En el desván de aquella casa familiar de Sigüés –que decía recordar perfectamente– encontró unos misales en euskara llenos de polvo. Hoy, desafortunadamente, no puedo añadir más.

Sigüés está dentro de la provincia de Zaragoza, a pocos kilómetros de la muga con Navarra. Actualmente, allí ya no vive nadie, ya que al llenar el pantano de Yesa, las tierras que sus habitantes utilizaban para la agricultura y la ganadería quedaron inundadas...

Otra triste forma de extinción...

Sur

Sigamos adelante.

Mientras Arán, Ubarra, Araós, Abi, Estaguya, Umezahar, y la prohibición de Huesca nos rondan por la cabeza, al ir hacia el sur nos encontramos con sorpresas del mismo cariz.

En mi juventud, y por el mismo camino, también fue forjándose poco a poco en mí la conciencia de una Euskal Herria perdida y olvidada en el sur. Aunque las primeras inquietudes me hubieran surgido en la niñez.

Cuando aún era muy joven, unos 16 años, aproximadamente por el año 1946, si no me equivoco, nuestra madre trajo una chica de Haro para ayudarla en las tareas de la casa (se decía "criada"). Cuando nuestros padres salían, mi hermano y yo solíamos quedarnos solos. Y con nosotros, por supuesto, aquella criada riojana llamada Consuelo. Y a la hora de preparar la cena, hablábamos con ella de esto, de lo otro y de lo de más allá.

En cierta ocasión, el tema de conversación giró en torno a temas de Haro, y nos dio algunos nombres de lugares de allí: plaza de Mikelanda (me parece que decía Mikalanda), calle Iturrimurri (o algo parecido), y otros muchos, todos del mismo estilo.

Para entonces ya había comenzado a aprender euskara por mi cuenta. Y aquellos nombres me parecieron de estilo

vasco. Pero las suposiciones de aquel euskaldunberri novato no eran muy fiables:

–Esos nombres me parecen vascos –le dije.

Me contestó que no sabía nada sobre el origen de los nombres. Pero que en Haro eran corrientes y que eran pan de todos los días.

Pasaron unos seis o siete años. Y en 1957 me nombraron *urgazle* (académico correspondiente) en Euskaltzaindia. A raíz de ello, comencé a recibir la revista *Euskera* cuando todavía no había huido de San Sebastián y de Hegoalde.

Y, así, recibí y conocí el número de 1958.

Publicaba un largo artículo de un tal Santiago Arregi: *Toponimia de Ezcaray* (*Euskera*, III, Bilbo, 1958, pp. 83-102). En su interior, en la página 90 incluía un minucioso mapa de Ezkarai.

Aquella toponimia, dejados al margen los términos castellanos, me pareció, en su forma, tan euskaldun como la de Gipuzkoa. ¿Quién afirmó que La Rioja está fuera de Euskal Herria?

Aquel mapa se me quedó clavado.

El 13 de junio de 1975 se celebró en San Millán de la Cogolla (Kukullako Donemillaga) el milenario de las dos famosas primeras glosas vascas que hoy por hoy conocemos; es decir, en La Rioja. Las cinco cortas palabras “Jzioqui dugu” y “Guec ajutu ezdugu”, se extendieron a través de Euskal Herria cuando el rumor de la inminente muerte del dictador Franco comenzaba a tomar cuerpo.

Junto al pueblo llamado Berceia (*plarren plar* que dirían los de Baxenabarre), hoy día Berceo, está el famoso monasterio, el más nuevo de los dos. No me parece una locura adivinar en el complemento *ceia* la palabra que en vizcaíno antiguo se usaba para significar mercado (“B. arc.” dice Azkue): “zeia”. Quizás la misma que encontramos en el topónimo riojano Sajazarra (Saiaçaharra en los documentos antiguos).

El escritor castellano Gonzalo de Berceo era natural de ese pueblo, y se nota que sabía euskara: zatico, azcona, Don Bildur... El haber intercalado esas palabras y otras en sus escritos en castellano, nos lleva a proclamar la euskaldunidad de aquella zona riojana.

Siendo el fraile y escritor Berceo del siglo XIII, no es nada extraño que otro fraile del lugar añadiera aquellas cortas y fa-

mosas glosas tres siglos antes (en opinión de Mitxelena, añadidas “a mediados del siglo X”, TAV, p. 41). Quien quiera un análisis más profundo de esas dos pequeñas frases, tiene suficiente con leer la Conferencia de Ingreso en Euskaltzaindia (*Sarrera Hitzaldia*) de Alfontso Irigoien, in *Euskera* XX, 1975, pp. 166 y ss.

No es en absoluto extraño encontrar vestigios vascos en esa región, ya que el límite lingüístico de aquella época estaba en los montes de Oca y no en el río Ebro.

La frase del *Poema de Fernán González* no deja lugar a la duda: “Entonces era Castiella un pequeño rincón, era de castellanos montes de Oca mojón” (Menéndez Pidal, *Orígenes*, p. 472).

En La Rioja tenemos el monte Yerga entre Alfaro y Autol, de la misma manera que tenemos Llerga en Nafarroa y en Huesca. ¿Por qué sería presunción culpable el suponer en esos dobles la prueba del retroceso del euskara en aquellas latitudes?

Porque la repetición de nombres en La Rioja y en la Euskal Herria tradicional es flagrante, como lo he comprobado desde entonces: en Nafarroa (desde *Oleta* hasta Pueio) tenemos el río Zidakos, y hay un río Zidakos en La Rioja (desde Piqueras hasta Calahorra, Kalagorri). En Araba tenemos el río Leza (Nabaridas), y un río Leza en La Rioja (Clavijo). Tenemos un Ea en la costa de Bizkaia, y otro Ea en La Rioja, junto a Sajazarra.

En opinión del padrino de la historia de La Rioja, padre Mateo Anguiano, los riojanos hablaron euskara “durante muchos siglos”: “Apenas hay lugar, monte o pago que no tenga nombre vascongado” (“Compendio Historial”. Mencionado por Irigarai: *Una Geografía Diacrónica*, p.114).

El viajero Aimeric Picaud (1134) era de la misma opinión: que aquello era Nafarroa hasta más allá del bosque de Oca (Irigoien, *Sarrera Hitzaldia*).

En 1958 trabajaba en la empresa Construcciones Guillermo Ibarгойen, en la oficina de San Sebastián en el barrio de Gros. Calculaba obras de hormigón y diseñaba planos, y tuvimos que proyectar una obra para San Asensio, en La Rioja.

En aquel convento había algún fraile euskaldun por aquel tiempo. Y gracias a él supe, a decir verdad indirecta-

mente, que a la virgen del lugar la llamaban Nuestra Señora del Robledo.

Aunque Anguiano, como he visto posteriormente, mencione una Virgen de la Encina...

Para decirlo de paso, ese Arizta nos lleva a un (h)arízteta más antiguo; de la misma manera que los nombres Urdanta y Sagasta nos llevan a los más antiguos Urdáneta y Sahátseta (Urdanta aparece en La Rioja, –Merino 24–; Urdaneta en Gipuzkoa, cerca de Zarautz).

Conocí el trabajo de investigación de J.B. Merino antes de huir de Euskal Herria en 1961, ya que fue por entonces cuando lo publicó en la colección *Monografías Vascongadas*, libro nº 17, “El vascuence en La Rioja y Burgos”.

Muchos años más tarde, cuando el franquismo estaba en sus últimos meses (exactamente en 1972), y por mi cumpleaños, la familia me mandó como regalo el libro de Alfredo Gil del Río *La Rioja desde sus albores*.

La lectura de ese libro reforzó mis suposiciones. La parte occidental de La Rioja me parecía, cada vez más claramente, algo así como una Nafarroa irredenta.

De todas formas, visité Nájera (Naiara) por primera vez mucho más tarde. Posteriormente a la muerte de Franco.

Leyendo a aquel autor comprendí la clave de las evidentes diferencias entre las comarcas de la propia Rioja. La provincia de Logroño (hoy La Rioja), en sí misma, es una cosa nueva (de 1822), y se han quedado fuera de la actual provincia oficial, tanto la Rioja alavesa como la navarra.

Conocía desde unos años antes el dato más famoso sobre la euskaldunidad de La Rioja: “Esto es por fazanya que el Alcalde de Oia-Castro mandó prender Don Morial que era Merino de Castilla, porque juzgara que el ome de Oia-Castro si le demandase ome de fuera de la villa o de la villa, que el recudiese en Bacuence. Et de si sopo Don Morial en verdad, que tal fuero habían los de Oia-Castro, e mandol dexar e dexaronle luego, e que juzgase su fuero” (ver, por ejemplo, J.B. Merino Urrutia, *La lengua vasca...*, p. 19).

Ese Don Morial fue el principal Merino de Castilla entre 1234 y 1239. Por tanto, en el siglo XIII, y por lo menos, en la capital del valle, en Ojacastró, los naturales del lugar tenían derecho a declarar en euskara.

Y eso, ¿hasta cuándo? ¿No ocurría lo mismo en Ezkarai, en Aiabarrena, en Zorrakin y en los demás pueblos vecinos?

He aquí la opinión de propio Merino Urrutia: “Si en la citada villa (Ojacastro), cabeza del valle en la Edad Media, imperaba el vascuence, lógico es pensar que en los demás pueblos ocurría lo propio... No es de creer que el vascuence se perdiese a continuación, sino que perduraría hasta siglos posteriores, época relativamente próxima” (*ibídem*, p. 19).

Ahora se entiende mejor la afirmación de Gil del Río: “La Rioja es vasca, como afirma el P. Anguiano” (*La Rioja desde sus albores*, p. 46). Y se comprende más fácilmente el que la antigua danza de Ojacastro no sea sino un tipo de *ezpatadantza*, aunque actualmente esté casi perdida: “Reducida ya a las aldeas” (Merino, p. 21).

La toponimia y antroponimia que han llegado hasta nosotros sugieren con fuerza la misma raíz vasca, tanto en la Rioja Alta como en la parte septentrional de la provincia de Burgos.

Tanto Merino Urrutia –desde 1931– como otros investigadores nos han enseñado lo mismo. El último de esa larga lista de nombres ha sido Luis M. Muxika (ver *Iker* 6, Euskaltzaindia, Bilbo, 1992: “El euskera en la Toponimia de Burgos”, pp. 311-347).

En una palabra, podemos decir con seguridad que el euskara ha retrocedido fuertemente en su límite sur en estos últimos siglos. Sí, La Rioja fue vasca, pero “la lengua oficial de Castilla, en su lento e insensible acoso al éuscaro, fue desplazándolo paulatinamente, con notoria intención destructiva” (A. Gil del Río, *La Rioja*, Imp. Zaragoza, 1972, p. 397).

Pero encontrándose mis reflexiones en este punto, me surgió otra duda, al igual que a otros muchos euskaltzales: ¿no fueron los navarros y los alaveses quienes en tiempos de la Reconquista general introdujeron el euskara de la Rioja Alta mediante repoblación en la zona castellana?

Esa teoría ha gozado de gran aceptación entre los erdalunes que ven intenciones expansionistas (¡hasta se ha mencionado imperialismo!) en los patriotas vascos. Al igual que entre los que han manifestado que la euskaldunidad de Iparralde (y la de Aquitania) es consecuencia de la invasión de los de Hegoalde.

Dicho de otra forma, esa isla meridional de La Rioja, ¿era vestigio de una antigüedad vasca? ¿O consecuencia de una invasión? Porque no hay duda de que ahí existió una isla vasca. El mismo Menéndez Pidal, que adivinaba imperialismo navarro en la política de Sancho el Grande, encontraba esa isla lingüística en La Rioja.

Algunos estudiosos euskaldunes de la lengua vasca (no daré nombres) han creído en esa ocupación tardía de los navarros.

El autor que, desde el principio y valientemente, se ha manifestado en contra de esa postura tímida ha sido Alfonso Irigoien. Especialmente en la *Conferencia de Ingreso* leída en Euskaltzaindia, el bilbaíno argumentó con fundamento su opinión contraria. Leamos de nuevo las principales frases de Irigoien: "Muchos creen que el euskara de esa zona es consecuencia de la repoblación; pero si en el siglo VIII había una clara tendencia euskérica vasca, el origen no es la repoblación de aquella época a la cual se la llama Reconquista, sino anterior, como mínimo" (*Euskera* 1975, p. 181).

Por un lado, la sorprendente firmeza que en algunas comarcas de La Rioja muestran los nombres vascos (en la toponimia menor: ríos, montes, fuentes, etc.), es incomprensible sin una continua y sólida presencia de estirpe vasca.

Por otra parte, la diptongación de diversos topónimos vascos, según ha subrayado Irigoien, por ser ese fenómeno bien conocido y exactamente datado, nos lleva muy atrás, al menos hasta los siglos visigodos.

En este campo, el Mendigüerra cercano a Briones nos ofrece una base firme. Porque yendo hacia el norte del río Ebro (más concretamente hacia Gares –Puente la Reina–) tenemos el topónimo Mendigorria. Es decir, esos dos topónimos tienen un origen común: en el origen hay un único topónimo. De la misma forma que Lumbier e Irunberri, o Aragüés y Araotz tienen el mismo origen.

Como la diptongación, en general, comenzó a surgir en el siglo VI, Mendigüerra nos lleva a los siglos VI o VII. Este topónimo riojano no puede ser consecuencia de repoblaciones tardías. Es muchísimo más antiguo. (ver Irigoien, *Euskera* XX, pp. 184-186).

En la misma línea, me resulta muy significativo que entre los pueblos de Alfaro (La Rioja, en euskara Grakuri) y Korella

(Nafarroa) estuviera el hoy desaparecido pueblo de Araciel (para 1416 “ya destruido y abandonado de sus habitantes”; R.R. Lama, Col. Dipl. Med. Rioja, p. 350).

Porque en Sakana tenemos el pueblo, todavía hoy euskaldun, de Arakil, según parece con el mismo origen que el desaparecido. Es decir, siendo arcaicas en el euskara esas asibilaciones, y habiendo ocurrido en Nafarroa (*iken*, Goñi, vs. *izan*; *bikala*, *bikain*, Erronkari, vs. *bezala*, *bezain*), parece que en ese Araciel hay que mirar muy atrás. Y, otra vez, hay que colegir que el euskara tiene raíces antiguas también al sur del río Ebro.

De paso, y según conocemos a través de Hervás, el nombre antiguo de Alfaro (anterior a Grakuri), era Ilurcoa (ver *Euskera* 1960, p. 166, en el escrito publicado por Arrue). Y ese Ilurko tiene evidentes raíces vascas.

En la misma línea, la tardía /j/ que ha surgido por influencia de la pronunciación castellana, nos lleva muchas veces a una anterior y más antigua /ll/, que deja al descubierto la base vasca de esas denominaciones originales.

Sin más, y recordando los conocidos pares de Menéndez Pidal (ver *Orígenes*), las palabras que en navarro-aragonés han guardado la palatal /ll/, han tomado la más moderna /j/ velar en castellano: *espillu*, *ispillu* vs. espejo; *conello*, vs. conejo; *coscollar*, vs. coscojal; *concello* vs. concejo.

Es suficiente que el lector, en la misma línea, recuerde las Subijana y Ormijana alavesas y las Subillana y Urvillana de 1025 (Mitxelena, TAV, p. 30).

En una palabra, en las zonas donde el castellano se impuso, existe una suerte de tendencia invariable: de las antiguas /h/ll/, a la /j/ consecuencia del castellano. Las novedades las trajo el castellano, mientras el navarro, el aragonés y el propio euskara mantenían la vieja pronunciación.

Debido a ello, también dentro de La Rioja, las pronunciaciones antiguas se han mantenido durante más tiempo en la zona este, en La Rioja vascónica, que en la Bureba y en la castellana, Rioja Occidental.

He ahí, por ejemplo, y casi convertido en símbolo de la división, el par Castejón-Corella en Nafarroa (Castellón, 1121), u Ojacastro (antes Ollacastro, en diferentes grafías) vs. el más septentrional Ollauri. Y, al contrario, Allo, Allin, Oлло,

etc. (los de este estilo son numerosos en Nafarroa), para concretar donde está la antigua isoglosa ll/j.

Dicho de forma más sencilla: la antigua olla vasca, después de dejar alguna olla aquí y allí, ha dado la castellanizada *oja*. Y lo mismo en la parte occidental de La Rioja Alta cercana a la Bureba.

Esa olla-oja, de la misma manera que la Ubarra/Obarra del capítulo anterior, nos lleva a sacudir de raíz nuestras opiniones.

Porque también La Rioja, como consecuencia de muchos siglos difíciles y conflictivos, ha olvidado su propio nombre vasco original, venciendo finalmente las absurdas fantasías de corte castellano.

Aún más, porque en La Rioja, no solamente existe una duplicidad de nombres, sino que ha surgido incluso algo así como una triplicidad.

La forma más “fea”, “descuidada”, “incomprensible” (porque al perder la lengua los topónimos vascos no significan nada), lo que no era sino un nombre vasco con significación, que tenía como mucho un toque navarro-aragonés, ha sido embrollada, cambiada, arrinconada, olvidada y sustituida; a veces, así lo han creído, totalmente castellanizada y aclarada: “así ya se entiende algo”...

La más nueva, en cambio, la que traía la oficialidad de la expansiva Castilla, de buen nombre, con sabor nuevo, ha sustituido a la anterior.

Dicho de otra forma, en muchas partes de La Rioja, los topónimos de corte castellano han sustituido a los anteriores vascos, y, también, a los que guardaron reminiscencias navarro-aragonesas. El nuevo Sajazarra, junto a Haro, corresponde al antiguo Saiaçaharra (R. de Lama, p. 14), y Sojuela a Sollola (escrito Soliola en 1054).

Como fácilmente se puede entender, durante los siglos de la Edad Media en La Rioja euskaldun existió una situación diglósica (quizás de dos tipos). En las zonas y durante los siglos en que se habló euskara, la lengua A era el castellano, la lengua “superior” (Ferguson), y el euskara, por su parte, forma de expresión familiar, de entre amigos, “inferior”, la lengua B.

Las consecuencias son conocidas: la lengua A se respetó; la lengua B, en cambio, se despreció. Las palabras, las pro-

nunciaciones, los topónimos de estilo vasco se convirtieron en motivo de escarnio. Sistemáticamente despreciadas, fueron marginadas y se olvidaron.

Los topónimos sufrieron la misma actitud de desprecio. Se prefirieron las formas diptongadas: mejor Baraguas que Baros; en la propia Navarra se prefirieron Bigüezal y Navascués, frente a las usadas por los “tontos ignorantes”, Biotzari y Nabaskoze.

Y, por el mismo camino, al perderse el vasco olha, se prefirió el oja castellano, y se marginaron olla y ola.

Se dio fuerza a La Rioja, incluso a la recortada Rioja, (¡incluso Río Oja, en aquella época, allí, en castellano!). Y se olvidó la original Larreolha. Se quitó el artículo, y... adelante. Ya sabéis.

El desarrollo del cambio ha sido diferente según las zonas.

a) En las regiones en las que la aspiración se perdió hace mucho tiempo, hemos pasado al castellanizado ola: Mendiolla (en la Edad Media Mendiolha), Artola o Artolla (en la antigüedad Artolha), Pagola (de Pagolha), etc.

Dicho sea de paso, el antiguo Galhar, en Navarra ha dado Galar (también Galarreta, junto a Hernani, en Gipuzkoa); pero en Bizkaia occidental Gallarta; también Gallardi, Gallargan, Gallarraga, Gallarreta y Gallarza (ver Sasia, pp. 126-127).

b) En las regiones que han seguido la evolución aragonesa (incluidas Navarra oriental y La Rioja), el resultado ha sido olla. Algunas veces, las dos formas se han mantenido con fuerza una al lado de la otra: Chócola-Chócolla (Sant. Arregi, p. 92). En el Romanzado (en Navarra) tenemos Ollaz, pero en Gipuzkoa Olatz.

Precisamente, como consecuencia de esa palatalización, se ha levantado el punto de articulación de la vocal y de olla hemos pasado a ulla. He aquí la lista de Merino: Aluscolla, Escarrulla, (A)marulla, Turzulla, Azarrulla. Esta última al lado de Ezkarai, “donde hasta hace poco ha funcionado una antigua ferrería” (Merino, p. 32).

c) La nueva pronunciación traída de Castilla ha dado la velar sorda (jota). A raíz de esto, y como hemos explicado, encontramos muchas menos /j/ en La Rioja occidental que en el propio valle del Ebro (señal de que éste se castellanizó antes).

Comencemos por Ojacastro.

En los documentos antiguos (1052, 1117, 1135, 1155), normalmente nos aparece Olia Castro; por lo tanto, pronunciado Ollakastro. Ver, por ejemplo, la lista que Manuel Alvar ha ofrecido sobre las semejanzas fonéticas: *Estudios sobre el Dialecto Aragonés en la Edad Media*, p. 85; y/o, de manos de nuestros expertos, R. Zierbide, FLV 23, p. 267.

Tafalla, por ejemplo, en aquella época (1056, Col. Dipl. R., p. 68) se escribía Tafalia. Aunque en ocasiones aparezca “riuo de Oiha” (1120), u Oggacastro (es decir, Otxakastro con la ortografía actual).

Este Ollakastro no aparece de ningún modo aislado.

He ahí, hasta hoy, el conocido Ollauri, al lado de Briones, aunque sea por el vino, de gran fama y estimación... ¿Por qué no Ojauri? La historia del euskara tendría algo que decir.

En la propia Casalarreina tenemos Olgabarte, en los documentos de la catedral (1087), que hay que leer Ollabarte con toda seguridad (ver Alvar, o Menéndez Pidal, *Orígenes*, p. 210).

De paso, y antes de olvidarlo, sobre el antiguo nombre de Casalarreina, además del conocido Nafarruri, dicen que también existe Ojazulo, con velar, en equivalencia total con la actual Ojacastro; y resultado, por tanto, de un antiguo Olhazulo. Aunque todavía no haya pruebas en favor de éste, he tenido noticia de ello a través de Josu Tellabide, que trabaja en temas de toponimia en Arantzadi. Y, por si acaso, lo he añadido aquí.

Las formas Naharruri/Nafarruri se documentan desde antiguo (en el año 987, Merino, p. 58).

En cuanto al Ollabarre actual, en la Edad Media era Olharbarri (1052, 1135; Mitxelena, TAV, p. 30).

Aún más, en la antigua Vasconia del Norte, tenemos el pueblo llamado La Réole, a orillas del río Garona, en el departamento de la Gironde.

Por otro lado, en Hegoalde, en el valle del Ebro, el apellido Larrégola está bien extendido.

Y en el Alto Aragón encontramos un señor de nombre Gyllem de la Reulla en Huesca, en 1280 (ver Navarro Tomás, *Documentos*, p. 92).